

El jardinero

Sheri S. Tepper

Traducción: Albert Solé

Desde la terraza del cuarto piso los hombres que luchaban con las plantas junto a la acera parecían seres diminutos carentes de importancia. Eran puntos, puntos que desplazaban otros puntos de un lado para otro, puntos que se llevaban la mano a la gorra y maldecían en voz alta —Tower Wills podía captar el sentido general de lo que decían, aunque no oyera las palabras—, mientras se afanaban contra el látigo del viento para meter el último par de maceteros en la carretilla de cuatro ruedas. Las plantas estaban envueltas en varias capas de plástico que las hacían tan difíciles de manejar como velas de navío. La carretilla acabó poniéndose en marcha, avanzó lentamente hacia el edificio y Tower se apartó del murete que corría a lo largo de dos lados de la terraza. Mientras iba hacia el ascensor volvió a detenerse ante la gran jardinera de piedra tallada que había junto a la puerta del apartamento para echarle un vistazo a la plaquita de estaño incrustada en el reborde. «Paisaje diseñado por Tower Wills.» Era el primero de todos sus trabajos que le parecía plenamente merecedor de esa etiqueta. Cuando el y Ted eran dos críos solían hablar de que al crecer se dedicarían a diseñar paisajes. «Los hermanos Wills», había insistido Ted, ignorando el comentario de Tower de que eso hacía pensar en un dúo de cantantes... Ted ya no participaba en el negocio, pero Jeanette seguía hablando de «Tower Wills y Asociados», considerándose a sí misma como socia. Tower ya había decidido hacía mucho tiempo que no tenía ni la más mínima intención de compartir el negocio con nadie, aunque Jeanette seguía sin rendirse.

—Tiene buen aspecto —dijo Jeanette desde la puerta de la terraza.

—Es casi perfecto —replicó Tower con la voz enronquecida por el viento y el polvo—. Si este maldito viento quisiera calmarse un poco...

—Ya lo tomaste en consideración cuando hacías tus cálculos, ¿no?

—No estoy seguro de haber usado un factor de seguridad lo bastante grande.

—Claro que sí. Las plantas están protegidas por los dos lados donde sopla con más fuerza. ¿Quieres llamar el ascensor, o lo hago yo?

—Ve delante —le dijo a su ayudante.

Se dio la vuelta para examinar la terraza desde el otro lado de las puertas correderas de cristal, y fue haciendo comprobaciones en la lista mental que llevaba desde hacía meses dentro de la cabeza. Baldosas de piedra cubriendo todo el suelo de la terraza con unos cuantos peldaños anchos y de poca altura para crear unas interesantes diferencias de nivel, jardineras de piedra con ligustros y tejos enanos, jardineras de mayor tamaño con los árboles que había plantado ayer, un estanque recubierto con baldosas de varios tonos azules y verdes que contenía lirios y un hermoso e impecable macizo de papiro, margaritas blancas y geranios cayendo en cascada desde

sus macetones de piedra... Y no había que olvidar el mobiliario. Tower no había sido el responsable directo de la selección, pero dio su visto bueno a los muebles de hierro forjado con almohadones marfil y verde oscuro de una apariencia más bien severa, y a la gran lona blanca que protegía la zona para comer.

Y, finalmente, los dos inmensos maceteros de piedra que flanqueaban las puertas correderas junto a los sacos de plástico que contenían la tierra especial para plantas... Oyó el ruido de la puerta del apartamento abriéndose a su espalda y la voz de Jeanette dando instrucciones en tono jovial.

—¡Que todo el mundo se quite los zapatos! Bien. Estas alfombras son auténticas no sé qué y el mobiliario no tiene precio. Si rompen algo con esa carretilla se pasarán los diez años próximos endeudados hasta acabar de pagarlo. Vengan por aquí, y ni se les ocurra tocar las paredes... Finjan que están hechas de cristal.

Un instante después los tres hombres sudorosos vestidos con monos blancos estaban en la terraza con él y Tower olvidó la lista de su cabeza durante el tiempo que necesitaron para sacar los dos arbustos kousa de las enormes macetas de fibra, instalarlos en su sitio y cubrirlos con la tierra especial dejándola bien apisonada. Todos los árboles y plantas habían sido seleccionados hacía un año. Esos dos arbustos estaban a punto de echar brotes y florecerían en pocos días. Y los Bryan, los propietarios de la terraza y el apartamento, se mudarían el fin de semana y celebrarían su fiesta de aniversario la semana siguiente. Habría cincuenta personas en esta terraza. Algunas de ellas se fijarían en la plaquita de estaño, y de esas personas una o varias tendrían montones de dinero. El encargo de los Bryant le traería más trabajos tan caros y tan llenos de desafíos como había resultado serlo éste.

Emergió de su sueño particular para alzar los ojos y descubrir las ramas del árbol oscilando suavemente sobre su cabeza como si estuvieran dándole la bendición. Los hombres vestidos con monos blancos ya habían desaparecido, y Jeanette estaba muy ocupada colocando la yedra con el doble fin de tapar la tierra desnuda e impedir que los invitados usaran los maceteros y jardineras como si fuesen ceniceros. Todo estaba hecho, y Tower descubrió que se sentía un poco desorientado, como si no supiese adonde debía ir a continuación.

—Es maravilloso —murmuró Jeanette, enarbolando su pequeña azada de jardinería para señalar todo lo que les rodeaba, desde los árboles a las flores y las plantas, con el rostro iluminado por el orgullo de quien se siente un poco propietario de lo que contempla—. Ha quedado estupendamente, Tower.

—Dinero —replicó él, sabiendo que su voz sonaría un tanto adusta, pero disgustado ante cada elogio del que ella parecía atribuirse una parte—. El dinero puede hacer maravillas.

«Y yo —pensó—. El dinero y yo...»

—Cierto —admitió Jeanette mientras volvía a concentrarse en la yedra, y unos instantes después sus palabras le hicieron sentir una considerable vergüenza—. Pero el dinero solo no habría bastado. Eres magnífico, Tow, y lo sabes.

Le lanzó una mirada de admiración y le dio una suave palmadita en la rodilla, como una madre orgullosa de su hijo.

Tower se ruborizó de placer.

—Sí, puedo serlo —admitió—. Siempre que consiga unos cuantos trabajos de esta clase en vez de arreglarle el patio a la señora Silver...

Los dos se rieron, un poco burlándose de sí mismos y un poco simpatizando con los sentimientos del otro. Cuando la señora Silver encargó un jardín perenne para su patio les proporcionó una muestra de la piedra arenisca anaranjada que iba a suministrarle el contratista. Escogieron las plantas y los árboles guiándose por ese color, pero una vez construido el patio resultó ser de un rosa fuerte.

—Salía mucho más barata que la otra piedra —dijo la señora Silver como explicación cuando Tower le hizo ver lo mal que encajaba con las plantas—. Y, de todas formas, ¿qué más da?

—Era incapaz de ver la diferencia —le recordó Jeanette.

—Puede que algunas de sus amistades no fuesen ciegas al color —dijo Tower—, y ella les habría explicado que yo había diseñado el jardín.

—Sólo tuvimos que cambiar cincuenta plantas —dijo Jeanette—. Todos los dianthus, las margaritas orientales y el heliantemo... Oh, sí, y los iris.

—Y la mitad de las lilas.

—Cierto, y las lilas. Aun así, podría haber sido peor.

Tower asintió, intentando no recordar que las nuevas plantas y bulbos y el trabajo que requirieron habían consumido todo el pequeño margen de beneficios que dejaba el encargo, encargo al que para empezar ya le había puesto un precio demasiado bajo porque necesitaba el dinero. En última instancia todo acababa reduciéndose al dinero. Si quería realizar la clase de trabajos con que soñaba —los mismos trabajos que habían hecho famosos a los grandes artistas del paisajismo y la jardinería—, necesitaba estar respaldado por montones de dinero. Había luchado durante diez años para conseguir ese dinero —su propio dinero, casi medio millón de dólares—, pero la tía Henry seguía actuando como si creyera que aún tenía dieciséis años. Tower se había mantenido a su lado confiando en que acabaría ganándosela con el paso del tiempo, pero de momento la única que había salido beneficiada con aquel juego era ella.

—El último pago de este trabajo compensará todo lo que perdimos con la señora Silver —siguió diciendo Jeanette con voz alegre—. Podremos ponernos al día en los pagos del crédito, y puede que hasta

consigamos montar el invernadero —Repartió la tierra cuidadosamente alrededor del último macizo de yedra, colocó las macetas de plástico negro sobre una bandeja, quitó unos granitos de tierra del reborde del tiesto, se sacó los guantes y los dejó sobre la bandeja—. Es precioso. Dios... Espero que los Bryant sean buena gente. Sólo la buena gente se merece algo semejante —Le dio un papirotazo a una hoja marchita de un geranio blanco que se desperezaba casi lujuriosamente en su enorme maceta blanca, y acarició un brote nuevo de tejo, una mancha de verde brillante que se recortaba sobre la oscuridad del follaje más viejo—. Parece un jardín para..., no sé, vírgenes vestales o algo parecido. Es como el jardín del Olimpo. Ni tan siquiera se puede ver la ciudad. Nada salvo el cielo...

—Los Bryant parecen gente muy agradable —dijo Tower con voz firme. «Y son más ricos que Creso», añadió para sí, no queriendo apartarse de las comparaciones griegas—. Si tienes la bondad de llevarte esos tiestos y las bolsas de plástico, haré un último repaso y me marcharé.

—Quieres disfrutar de tu obra, ¿eh?

Jeanette sonrió, comprendiendo muy bien lo que sentía.

Tower asintió y, como de costumbre, sintió un leve disgusto ante esa sugerencia de que entre los dos había una relación íntima. Jeanette Miller era una mujer de mediana edad y dimensiones de matrona que a veces trataba a Tower como si fuese su hijo. También era una jardinera magnífica y entendía mucho de plantas, pero cada vez que rebasaba su definición de lo que debía ser una relación de negocios y hacía algún comentario personal Tower experimentaba una leve punzada de irritación. Tower no tenía madre y estaba convencido de no necesitarla.

—Claro —accedió, mintiendo sólo en parte—. Lo necesito.

—¿Vas a enseñárselo a Nina?

La pregunta le sobresaltó. Había olvidado que Jeanette conocía a Nina.

—Lo vio la semana pasada. Ya se lo enseñé entonces —dijo con voz algo tensa.

—¿Cuál es su auténtico nombre? Nunca consigo acordarme...

—Ilanina —replicó Tower, abriéndole la puerta para que saliese y viéndola alejarse por el pasillo hacia el ascensor—. Ilanina Gyulas —repitió en voz baja.

Poco después de conocerla, cuando estaba persiguiéndola con todo su entusiasmo y buscaba cualquier tema para animar la conversación, se le ocurrió decirle que tenía un nombre extraño.

—Un nombre extraño para una chica extrañamente hermosa..., Ilanina.

—Fue idea de mi madre. Le dijo a mi padre que le gustaba su sonido. Era la primera vez en que consentía salir con él, y fueron a uno de los

locales favoritos de Tower, un pequeño restaurante italiano. Tower se daba cuenta de que Ilanina se sentía atraída hacia él, pero se había mostrado extrañamente relucante a cualquier tipo de salida juntos. En cuanto a Tower concernía, su relucancia sólo servía para hacerla todavía más irresistible.

—¿Significa algo? Tu nombre, quiero decir... ¿Y tu apellido?

—Mi padre me ha dicho que es un color. Él es quien me ha criado. Puede que mi nombre tenga algún significado. No lo sé. Mamá murió poco después de que yo naciera. Muchas madres de nuestra familia lo hacen.

—¿Qué es lo que hacen muchas madres de vuestra familia?

—Mueren cuando dan a luz su primer hijo. En nuestra familia, nuestra... ¿Qué palabra usáis vosotros? En nuestra tribu muchas mujeres mueren a causa de su primer parto.

—Ah —dijo él poniendo cara de circunstancias, aunque realmente no la creía. Muchas de las cosas que Nina le había dicho tenían tan poco sentido que Tower hacía caso omiso de ellas, pensando que eran fruto de sus problemas ocasionales con el idioma. Lo que más le interesaba de ella no era lo que decía. Tower había perdido a su madre cuando tenía diez años, y no recordaba haberla echado mucho de menos. Naturalmente, siempre estaba la tía Henry... —. ¿Tienes hermanos o hermanas? —le preguntó.

—No. Fui hija única. Mala suerte. —Meneó la cabeza de un lado para otro—. Muchas de nuestras familias sólo tienen un hijo. Algunas tienen dos. Algunas tienen tres. Nunca tienen más de tres.

—Eso es lo que yo llamo una planificación familiar efectiva —dijo Tower riéndose—. ¿Y tu padre nunca volvió a contraer matrimonio?

—No. En... Entre nuestra gente los hombres no suelen hacerlo.

—¿No vuelven a casarse? —Tower estaba realmente perplejo— Sabía que existen culturas donde las mujeres que han enviudado no vuelven a contraer matrimonio... La India, y sitios como ése. No sabía que existiese ninguna cultura donde los hombres que han enviudado no volvieran a casarse.

—Puede que la nuestra sea la única cultura en que ocurre eso.

Nina sonrió, obsequiándole con esa sonrisa grave y exótica que tanto le excitaba, y Tower alargó la mano para acariciar la extraña belleza de su rostro. Tenía la piel suave como el terciopelo. Llevaba la cabellera recogida en un moño y su negro era tan intenso que contenía reflejos azulados. Su labio superior era más bien largo y delgado salvo en el hoyuelo del centro, pero la opulencia del labio inferior hacía que su boca siempre pareciese estar curvándose en el inicio de una sonrisa. Su nariz era perfecta. A veces Tower pensaba que su rostro parecía haber surgido de la antigüedad. Un rostro de etrusca, tan viejo como la historia...

—En nuestra cultura las mujeres no vuelven a casarse si sus maridos están vivos —dijo Nina—. Los hombres nunca vuelven a contraer

matrimonio, ocurra lo que ocurra.

—Entonces será mejor que vivas para siempre —Tower se rió, dejando que Nina sacase las conclusiones que quisiera de su carcajada—. No me gustaría ir en contra de tu cultura, pero tampoco me haría ninguna gracia quedarme solo.

—No creo que mi padre se sienta solo —dijo Nina, pareciendo un poco sorprendida—. No más que cualquier otro hombre... Tengo que preguntárselo.

—¿Por qué iba a sentirse solo? —Tower estaba esforzándose al máximo por ser cortés y galante, sentimientos que encajaban muy bien con Nina— Te tiene a ti.

Aquella conversación tuvo lugar hacía ya algunos meses, cuando Tower seguía cortejándola y antes de que su relación se convirtiera en algo al mismo tiempo más íntimo y más inquietante. Tower fue hacia el murete de la terraza y se apoyó en él para contemplar la calle, sintiendo el leve rubor de irritación que iba invadiendo su rostro. La calle parecía un desfiladero lejano. Era el mismo desfiladero por el que Nina había desaparecido una semana antes, alejándose hacia el ruidoso y ajetreado río de la ciudad... Se apartó del murete y el sonido de la calle disminuyó. Retrocedió un poco más hasta llegar a la pared del apartamento y al refugio ofrecido por las plantas, donde había aún menos ruido. Los árboles y las plantas formaban un encaje suave que se recortaba contra el cielo. Si se les proporcionaban los cuidados necesarios dentro de diez años habrían doblado su tamaño actual. Tower había conseguido un contrato de mantenimiento muy sustancioso que formaba parte integral del encargo. Era la guinda que coronaba el pastel.

Suponiendo que lograra quedarse con el pastel, naturalmente. Sí, tenía que arreglárselas para ser el único propietario del pastel Tower Wills... Nada de socios ni colaboradores. Quería quedarse con el pastel y comérselo a solas, disfrutando de él para siempre sin tener que competir con nadie.

Naturalmente, eso no siempre podía hacerse. Había cosas a las que era imposible aplicarle aquella forma de disfrute, Nina entre ellas. Comérsela significaría perderla.

Tower tuvo su primera relación sexual a los quince años, y había acabado desarrollando una estrategia para las amantes que no tardarían en ser ex amantes. Se había aprendido de memoria un monólogo rutinario del tipo sigamos—siendo—amigos que utilizaba en cuanto consideraba llegado el momento de buscarse una nueva relación. Pensar que sus ex amantes podían ir diciendo cosas feas sobre él —cosas que podían llegar a oídos de amigos mutuos o, incluso, de futuros clientes—, siempre le había molestado terriblemente. Ser respetado y estar bien considerado, gozar de una buena reputación..., esas cosas eran muy importantes para él. Tower se enorgullecía de que siempre se tomaba todo el tiempo necesario

para conseguir que las relaciones terminaran de una forma agradable, pasando gradualmente de la falta de atención envuelta en disculpas a la distracción total y el cortar despreocupadamente los lazos, tarea en la que usaba toda una gama de incrementos elegantemente calculados para ir enfriando la relación sin provocar ninguna hostilidad abierta. El monólogo siempre era el penúltimo paso, aunque normalmente solía ver a la mujer unas cuantas veces más con el único fin de conseguir que acabara aburriéndose de él.

Pero en el caso de Nina... Nina no era una relación pasajera más. Tía Henry lo había dejado bien claro. Y después Nina había pasado de ser exótica a resultar tan inaceptablemente extraña que Tower sintió el deseo de cortar la relación de inmediato, sin perder el tiempo con delicadezas o grados. En una ocasión intentó decírselo poniendo como excusa las presiones del trabajo, pero Nina no se dio por aludida. No respondió a las indirectas habituales. Estaba claro que las indirectas y la sutileza no iban a servir de nada, por lo que una semana antes Tower la invitó a ver la Terraza Bryan, pensando que podía servirle como ilustración a su monólogo habitual. Suponiendo que Nina fuera capaz de comprender lo que pretendía insinuar enseñándosela, claro...

La esperó en la terraza. Oyó sonar el timbre —su zumbido hacía pensar en una abeja perdida vagabundeando por aquel apartamento desocupado—, y corrió hacia la puerta tropezando con sus propios pies.

—Sí...

—Se trata de mí, Tower. Ilanina...

El altavoz había distorsionado su voz convirtiéndola en algo distante y metálico que pronunciaba palabras ridículamente envaradas, como el Pato Donald declamando a Shakespeare.

Tower tuvo que reprimir el impulso de echarse a reír. Durante los últimos tiempos había descubierto un incómodo deseo de reírse cada vez que la oía usar aquel lenguaje rígido y sofisticado tan típico suyo o cuando le contaba una de sus historias fantásticas, esas historias que salían de sus labios con tanta despreocupación como si estuviera describiendo una visita al supermercado. Pero nunca se había reído. Ni con ella ni de ella. Su eterna seriedad inhibía cualquier muestra de alegría o diversión. La aureola emocional que rodeaba a Ilanina estaba compuesta de seriedad y melancolía. De hecho, Tower nunca la había oído reír. Incluso hacer el amor con ella había sido... Tower intentó no pensar en eso.

—Sube —le había dicho, apretando el botón y manteniéndolo apretado hasta tener la seguridad de que había entrado en el edificio. Fue a recibirla a la puerta del ascensor y se mantuvo a distancia, mostrándose cortés pero nada afectuoso. La escoltó por el apartamento vacío hasta llegar a la terraza.

—Aquí la tienes.

Nina contempló cuanto la rodeaba con la expresión perpleja del turista perdido en un puerto extranjero que busca algo familiar sin encontrarlo.

—Son margaritas, ¿no? —dijo por fin—. Esas flores de allí...

—Sí. Margaritas, así las llamamos.

—Ah. Es..., resulta muy frío. Como una fuente sin agua.

—Hay agua —dijo él señalando el estanque con el brazo.

—Ya percibes lo que quiero decir. Tiene un aspecto líquido. Verde, gris y blanco. Como un arroyo.

—Sí, desde luego —asintió él. Su descripción le había gustado. Si el jardín le parecía hermoso aquello podía ayudarlo a explicar lo que sentía por su trabajo—. Se supone que debe relajar y calmar el ánimo.

Nina asintió.

—Voy a ver una parte mayor de él —Empezó a recorrer el perímetro del murete examinando los peldaños, el estanque y las plantas con una expresión fría y seria—. Excelente —dijo cuando volvió junto a él—. Es un buen jardín, Tow-er.

Nadie más sabía convertir su nombre en dos sílabas tan elegantes. La mayoría de personas lo reducían a un monosílabo confuso, una especie de «Tahr». Naturalmente, Ilanina era única.

—¿Comprendes a qué me refería el otro día? —le preguntó, intentando mostrarse amable pero firme—. ¿Lo comprendes ahora?

—¿El hecho de que los jardines son importantes? Pues claro que sí, Tow-er. Naturalmente. Yo también te comprendo cuando me hablas. Es un trabajo importante. En las Escrituras judías y cristianas se habla de que a nuestros primeros padres se les dio el trabajo de jardineros, ¿no es así?

—Me temo que no supieron conservarlo durante mucho tiempo.

—No. Quizá no estaban a la altura del trabajo, siendo meros humanos. Quizá habría sido mejor que su dios le dijera a un ángel que se encargara de cuidar el jardín —Alzó las comisuras de sus labios, indicándole que acababa de bromear—. Es un trabajo importante. Ya lo sé. Lo haces muy bien.

—Sé que lo hago bien. Y con el paso del tiempo todavía lo haré mejor.

—¿Y la razón de que debemos dejar de estar juntos es permitir que puedas hacerlo todavía mejor? —Formuló la pregunta en el mismo tono de voz serio y carente de ira, pero con la misma expresión perpleja y ligeramente nerviosa de antes— Esto es lo que me has dicho antes, y esto es lo que no entiendo.

—Quería que vieras esto para que pudieras entenderlo —dijo Tower deseando que Nina se enfadara con él, aunque sólo fuera un poco—. Mi carrera es algo que me importa mucho. Es más importante que cualquier otra cosa... Tengo que concentrarme en los negocios durante una temporada. Yo me encargo de todo. No dispongo de

ninguna ayuda digna de ese nombre. Si quiero triunfar necesitaré invertir todo mi tiempo en el trabajo. No me gustaría que pensaras que te abandono por alguna otra razón...

—Quieres que me aleje de ti, pero no quieres que crea que es por causa de alguna otra mujer, ¿verdad? No quieres que..., sienta celos por ese motivo.

—Sí, algo así. No hay ninguna otra mujer —Pensó durante unos segundos en Patty No Sé Qué, una chica a la que había conocido en Las Especies Amenazadas hacía dos noches, pero decidió que aquella chica no contaba porque no podía recordar su apellido—. Si quisieras salir con otro hombre... Bueno, yo no te pondría ninguna objeción. Quizá deberías hacerlo.

—Pero Tow-er, no puedo. Ya te lo dije. No volvemos a casarnos mientras el esposo sigue con vida.

Tower apretó las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes, intentando no mostrar la ira que sentía. Nina siempre acababa produciendo ese efecto en él. Era la razón principal por la que debía ponerle fin a su relación.

—Eso es una costumbre de tu gente, Nina, no de la mía, ¿recuerdas? ¡Ya hemos hablado de eso!

—Pero yo vivo rigiéndome por mis costumbres. ¿Qué otras costumbres pueden regir mi vida salvo las mías?

Se había puesto muy pálida, como si las palabras de Tower la hubiesen afectado profundamente.

—Nina, no me he aprovechado de ti ni te he engañado. El significado que nuestra relación pueda tener dentro de tu cultura carece de importancia. No vivimos en tu cultura. En esta cultura hemos tenido una relación amorosa..., estamos teniendo una relación amorosa —Se corrigió rápidamente, no queriendo darle la impresión de que estaba apresurando las cosas—. No te estoy diciendo que no quiera volver a verte nunca más. Lo único que intento es conseguir un poco de libertad y tiempo que dedicarle a mi trabajo.

Nina seguía mirándole con aquella expresión de seriedad casi infantil que tan frecuente era en ella.

—En el país donde vivimos antes de venir aquí la gente tenía que luchar con la jungla para conseguir un espacio en el que trabajar. Talaban todos los árboles y les prendían fuego. Es lo que se llama «cortar y quemar». Aprendí esas palabras cuando fui a la escuela aquí —Bajó la vista y se alisó las mangas del vestido. Después se pasó una mano por el dorso de la otra, apretándosela hasta llegar a las puntas de los dedos, acariciándose las manos como si fuesen algo nuevo para ella en un gesto que Tower no había visto jamás en ninguna otra mujer—. Cortar y quemar para conseguir un espacio. Estaba tan seria... Tower fingió que se reía y la cogió por los hombros.

—Nina, no te estoy cortando y no voy a quemarte. Lo único que te

pido es que tengas un poco de paciencia y que me des un poco de libertad durante una temporada. Sólo te pido un poco de espacio para respirar...

Nina guardó silencio durante lo que a Tower le pareció un rato bastante largo.

—Respóndeme a una pregunta, Tow-er —dijo por fin—. Si no nos vemos durante un tiempo, ¿crees probable que acabes haciéndole el amor a otras chicas?

¿Por qué no podía usar la palabra «acostarse»? Nunca lo haría. Con Nina siempre era «hacer el amor».

—No he hecho voto de celibato, Nina —había respondido él con cierta irritación—. Si no volviéramos a vernos, lo más probable es que acabara haciéndolo más pronto o más tarde.

Nina apenas si dijo nada más. Su rostro se había quedado inexpresivo y vacío. Tower le preguntó si había comprendido lo que intentaba decirle, y Nina le contempló con ojos en los que era imposible leer la más mínima emoción.

—Sí, Tow-er —dijo—. Lo comprendo. Más de lo que puedes imaginarte. El trabajo de tu mano es más importante que yo. Creo que también es más importante que las otras personas. Me alejas de ti, y también alejas a los demás. Sería mejor que no lo hicieras. Maldigo tu mano, Tower Wills.

No había sonado como una auténtica imprecación sino como una frase habitual en ella, algo parecido a la forma en que otras personas podrían haberle dicho «Vete a la mierda» o «Jódete» casi sin darle importancia. Aun así, la sorpresa había bastado para hacerle parpadear.

Después se había marchado caminando muy deprisa, sin decirle nada más. Tower se apoyó en el murete de la terraza para verla salir por la puerta de abajo y la vio alejarse por la acera, perdiéndose entre cien personas a las que no conocía de nada.

—Perdiéndose entre ellas —había dicho entonces, contemplándola con una cierta sensación de alivio.

Perdiéndose...

—Esfumándose —dijo ahora, recordando aquel momento.

La llamaría dentro de unos días. Estaba decidido a seguir fiel a su pauta habitual «sigamos-siendo-buenos-amigos». Si Nina podía aceptar lo que le había dicho y convencerse de que no estaba limitándose a librarse de ella todo sería más fácil para los dos. Y la verdad es que Tower no estaba librándose de ella. No había nadie más, al menos de momento... Esperaría una semana o dos y la llamaría. Suponía que para aquel entonces Nina ya habría conseguido acostumbrarse a la situación y estaría en condiciones de tomarse las cosas con un poco más de calma.

Se dio la vuelta y lanzó una última mirada al jardín. El riego sería automático, y estaría controlado por sensores de humedad instalados

junto a cada planta. Todo había sido abonado con un fertilizante de difusión espaciada cuyo efecto duraría seis meses. Jeanette vendría cada lunes por la mañana para asegurarse de que todo andaba bien y, si era necesario, podaría las plantas y cambiaría las que no se encontrasen en buen estado.

Bueno... Frotó la placa de estaño con el dorso de su mano. Bueno. Quizá alguien la viese. Sí, estaba seguro de que alguien la vería. Después de todo, ya iba siendo hora de que tuviese un poco de suerte, ¿no?

La suerte pareció materializarse por el puro hecho de haberla estado esperando durante tanto tiempo. A finales de semana ya tenía dos nuevos clientes. Los dos dijeron haber visitado la Terraza Bryan. Después de la segunda llamada —un hombre llamado Gray—, Tower se puso a gritar con tanta alegría como un niño durante su primer día en la playa, expresando su placer y su felicidad de esa forma. Jeanette ejecutó una danza de guerra improvisada golpeando un tam-tam imaginario.

—¿Qué quieren? —le preguntó por fin con voz jadeante dejándose caer en una silla—. No es que importe, claro.

—De momento, una casa en la ciudad segura. Puede que una residencia en el campo. El de la ciudad se llama Winston. La residencia del campo es Grayholm. El cliente se llama Gray.

—Necesitamos tener un invernadero propio —Jeanette se había puesto repentinamente seria—. Lo necesitamos, créeme.

—Ya lo sé —Su «necesitamos» le hizo fruncir el ceño. Odiaba aquel eterno dar por supuesto que poseía una parte del negocio—. Esa es sólo una de las cosas que necesito —Ir acumulando las plantas para la Terraza Bryan había sido un auténtico curso en frustraciones. Tower no poseía ningún sitio donde guardar plantas o árboles manteniéndolos en buenas condiciones, y los suministradores no siempre se habían mostrado dispuestos a retrasar la entrega del material hasta el momento adecuado. Tower estaba decidido a conseguir que la entrega del material en el momento fijado y en las mejores condiciones posibles fuese la marca distintiva de sus trabajos. Cualquier contratista podía tardar un año para ir completando una entrega poco a poco. Había muy pocos que fuesen capaces de entregar todo lo prometido de una sola vez—. Volveré a hablar con tía Henry.

—Hasta ahora no te ha ayudado mucho, ¿verdad?

Durante un momento Tower olvidó el resentimiento que solían causarle los comentarios personales de Jeanette.

—Maldita sea, Jeanette, mamá le dejó el dinero de papá a Ted y a mí.

—Y dejó a su hermana a cargo de la administración y vigilancia del dinero.

—Yo tenía diez años y Ted tenía ocho. Se suponía que el dinero de los Wills pasaría a nuestras manos cuando creciéramos. Se suponía que iba a servir para ayudarnos a crear nuestros propios negocios.

—Es una lástima que vuestra madre no fijara una edad exacta en la que se os pudiera considerar realmente adultos. Yo diría que a los veintiocho años ya estás hecho todo un adulto, ¿no te parece? ¿Por qué se resiste tanto tu tía?

—Oh, creo que está convencida de que si me deja disponer del capital la abandonaré tal y como hizo Ted. Quiere tener la sensación de que me controla.

Se ruborizó. No había tenido intención de ser tan explícito.

—¿Es por eso que sigues viviendo con ella?

Tower meneó la cabeza. Sí, era la razón de que siguiera viviendo con ella, pero aquello no era asunto de su incumbencia. También lo hacía para ahorrar dinero. Dinero para invertir en el negocio...

—No, no realmente. Me resulta más cómodo.

—Pero tu hermano no opinaba lo mismo, ¿verdad?

—No, Ted no opinaba lo mismo que yo —admitió Tower tensando las mandíbulas. No le gustaba recordar los detalles de su marcha—. Ted no soportaba sus continuas interferencias en nuestros asuntos. Solía decirle que viviría donde le diese la gana y haría lo que quisiese...

Ted nunca había dado la impresión de rebelarse, ni durante la secundaria ni cuando estuvo en la universidad. Siempre sonreía y no discutía jamás. De noche hablaba de una posible rebelión con Tower en la intimidad de su cuarto, pero de día todo era «Sí, señora» y «No, señora». Ted y Tower habían decidido marcharse en cuanto Ted cumpliera los dieciocho años, fecha en la que Ted empezaría a recibir los intereses que le correspondían por la residencia. Tower ya llevaba dos años recibiendo sus intereses. La tía Henry no tenía ningún control sobre ese dinero. Aquellos pagos periódicos les permitirían completar su educación y montar un negocio juntos. Y Ted se marchó en cuanto hubo cumplido los dieciocho años, tal y como habían acordado. Al amanecer ya se había marchado. Se esfumó durante algún momento de la noche. «Como un ladrón», había dicho tía Henry... Tower estaba enterado de su marcha. Se suponía que iba a irse con él, pero cambió de opinión en el último instante.

—Podrías habérmelo dicho antes —protestó Ted—. Podrías haberme dicho que no pensabas venir, Tow. Podríamos haber hablado sobre ello.

Pero la verdad es que Tower no sentía el más mínimo deseo de hablar sobre ese asunto. Había ciertos aspectos de su decisión que no quería examinar con demasiado detenimiento.

—Naturalmente, Ted nunca ha sido muy ambicioso, y ahí está la gran diferencia —dijo Tower volviéndose hacia Jeanette.

—Oh, no sé... —dijo Jeanette con voz pensativa—. Parece un chico muy agradable.

—Es un chico muy agradable —dijo Tower, poniéndose levemente a la defensiva—. Los dos lo somos, ¿no? La diferencia está en que a Ted el éxito no le importa demasiado.

—¡Pues yo creo que ha logrado triunfar! Tiene una familia magnífica y un buen trabajo...

Ted había empezado a trabajar para el departamento de parques y jardines de un pequeño suburbio. El encargado de los parques murió poco tiempo después, Ted presentó una solicitud para el puesto y, ante la gran sorpresa de todos, consiguió que se lo adjudicaran. El parque contaba con un pequeño zoo y Ted abandonó los estudios que le habrían permitido acabar licenciándose en arquitectura del paisaje y empezó a estudiar todo lo relacionado con los animales.

—Le encantan los animales y los pájaros —dijo Tower con una cierta irritación—. Supongo que debe imaginarse que ya entiende lo suficiente de paisajismo... Puede explicarle a los jardineros del parque cómo distinguir un prunus de una prímula.

«O una Sally de una salvia», pensó. Su matrimonio con Sally había provocado la ruptura definitiva y absoluta entre Ted y tía Henry. De eso hacía ya cuatro años.

—Mira, tía Hen, puedes seguir agarrándote al dinero de nuestra madre hasta que se te ponga la cara azul y te mueras —le había dicho Ted—, pero no puedes controlar mi forma de vida o escoger a mis amistades. Ya te lo dije cuando estaba en la universidad. En cuanto a la mujer que escoja como esposa..., bueno, es exactamente lo mismo. Sally y yo nos casaremos la semana próxima. Estás invitada a la boda.

Tía Henry no aprobaba a Sally —Tower no podía recordar que hubiese dado su aprobación a ninguna de sus amistades o a las de Ted—, por lo que no asistió a la boda. Tower sí fue a la ceremonia, aunque no se lo dijo a su tía. Ni a Sally ni a Ted pareció importarles en lo más mínimo que tía Henry no hubiese venido.

—¿De qué vas a vivir? —le preguntó Tower entonces—. Yo ahorro hasta el último centavo que puedo viviendo con tía Henry, pero aun así sigo sin disponer del dinero suficiente para establecerme por mi cuenta...

—Oh, diablos —explotó Ted. El champán barato le había enrojecido el rostro y le había dado ganas de hablar—. Mira, Tower, si no me hubieras dejado tirado cuando tenía dieciocho años ahora los dos estaríamos en una situación financiera mucho mejor que la actual. Tendríamos un negocio. Yo habría podido hacer grandes cosas en el paisajismo, Tower. Tan grandes como tú... Puede que incluso todavía mejores.

Tower aún estaba intentando dar con una réplica a sus palabras cuando Ted siguió hablando.

—De todas formas, eso ya es agua pasada. No ocurrió. Ahora me dedico a otras cosas. No pagan mucho, pero van a darme una beca

para ayudarme en mis estudios. Me he matriculado en un curso sobre poblaciones animales.

—Suenas fascinante —había dicho Tower.

No se lo parecía, pero le alegraba que no fuesen a hablar del pasado.

—Es fascinante. Los análisis de los porcentajes numéricos entre las poblaciones de presas y depredadores... Puedo aprender mucho sobre los animales y quizá acabe convirtiéndome en el próximo Konrad Lorenz o la nueva Jane Goodall, ¿quién sabe? Y Sally tiene un trabajo de jornada parcial como contable para el departamento de parques. Nuestros despachos se encuentran en el mismo edificio. Podemos estar mucho tiempo juntos, y ella también asistirá a varios cursos. Los dos nos lo estamos pasando estupendamente. Lograremos salir adelante, te lo aseguro.

Saldría adelante, sí. Pero no seguiría los pasos de su famoso padre, Michael Wills. Lo cual dejaba solo a Tower para que siguiera por ese camino.

¿Cuántas especies o cultivos de invernadero llevaban el apellido Wills? Veinte o treinta, como mínimo. *Salix Willsii*. *Taxus Willsii*. *Evodium fraxinifolia* «Willsii». Michael Wills había sido uno de los mejores jardineros del mundo, un botánico autodidacta, un hombre que había viajado por todo el planeta... Oyendo hablar a la tía Henry, parecía una de esas personalidades tan inmensas que la vida cotidiana apenas si es capaz de acogerlas en su seno.

Tower no pudo contenerse.

—No me parece que cuidar parques sea un destino muy glorioso para un hijo de Michael Wills.

El rostro de Ted, que ya estaba ruborizado por el alcohol, se volvió de un color rojo oscuro.

—Oh, venga, Tower, corta el rollo... Mira, en lo que a mí respecta mi padre podría haber sido Gunga Din y seguiría sin importarme un comino. Cuando murió, tú tenías dos años. Yo ni tan siquiera había nacido. Nunca llegamos a conocerle —Ted dio un puñetazo sobre la mesa y se pasó la mano por el pelo, dispuesto a dejarle bien claro lo que pensaba—. Tuvimos que tragarnos a Michael Wills mañana, mediodía y noche como si fuera papilla desde que éramos unos bebés. Tía Henry estaba enamorada de él, por el amor de Dios... Le conoció en Italia o no sé dónde. Le trajo a casa con ella. Iban a casarse y él acabó casándose con su hermana. ¿Crees que ha logrado superarlo? Nos ha estado haciendo pagar ese desaire desde la muerte de mamá. No pudo conseguir a papá, pero al menos consiguió a sus hijos. A veces me pregunto cómo debieron de ser los últimos días de nuestra madre... Sólo tenía a tía Henry para que cuidara de ella. De acuerdo, era su hermana, sí, pero ¿puedes imaginarte lo que debió de ser morir con alguien tan vengativo como tía Henry dando vueltas alrededor de tu lecho igual que un vampiro? ¿Por qué crees que me largué de aquel lugar tan pronto como me fue posible

hacerlo? ¡Debes de estar loco para quedarte!

Tower no respondió. No había respuesta posible. Ya se lo habían dicho todo antes. Ted se calmó un poco y siguió hablando.

—Y, de todas formas, el que Michael Wills fuese un gran jardinero o un conductor del camión de la basura, ¿qué tiene que ver conmigo? Estoy harto de que me digan que debo tomar como modelo a un hombre al que ni tan siquiera conocí. Pienso convertirme en un gran encargado de zoo. Despierta, Tower. ¡En el mundo hay otras personas aparte de tía Henry, tú y el fantasma de nuestro padre! Si te libras de ella y del fantasma descubrirás que tienes una vida propia y que debes vivirla por ti mismo.

Lo cual quizá fuese cierto, pero pasaba por alto el hecho de que a Tower siempre le había gustado la idea de ser hijo de un padre famoso..., el hijo famoso de un padre famoso. «Dos generaciones de grandes jardineros, Michael y Tower Wills.» O, mejor aún, «Michael Wills, padre del famoso jardinero Tower Wills.» Tía Henry quizá le hubiera empujado en esa dirección, pero Tower siempre había estado más que dispuesto a ir por ella.

—Hablaré con tía Henry —repitió.

Los efectos tonificantes de aquella última llamada telefónica repleta de halagos y alabanzas aún no se habían esfumado. El señor Gray había llamado para concertar una cita. El señor Gray estaba entusiasmado con el trabajo que había hecho para los Bryan.

Tía Henry no respondió a su pregunta sobre las propiedades de los Wills. Lo que hizo fue replicar con otra pregunta.

—Tower, ¿has roto tu lamentable relación con esa muchacha extranjera?

Aquello era sólo levemente menos ofensivo que lo que le había dicho unas semanas antes. En aquel entonces se había mostrado tan vulgar como clara, cosa que no le había sorprendido en lo más mínimo. Él y Ted siempre habían tenido una idea muy clara de cuáles eran las opiniones de tía Henry sobre materias raciales y sociales. La mentalidad actual de Jessica Henry estaba formada por todos los prejuicios típicos del año 1950, fueran cuales fuesen. «No se ha casado nunca, no ha quedado embarazada jamás y no ha cambiado de opinión ni una sola vez en toda su vida», solía decir Ted cuando hablaba de ella.

—¿A qué relación te refieres? —le preguntó Tower haciéndose el inocente.

—A la que mantenías con esa muchacha de color, Tower. Aquella con la que te vi almorzando en Gregory's.

Tower tenía la impresión de que cada vez que salía con una mujer en público tía Henry aparecía más tarde o más temprano. A veces pensaba que le hacía seguir.

—Si te refieres a Ilanina Gyulas, no es una muchacha de color. Al menos, no en el sentido en que tú utilizas esa expresión.

¿Por qué estaba discutiendo con ella? Su ruptura con Nina se debía, en parte, a lo que tía Henry pensaba de ella. Crearse todavía más problemas carecía de sentido.

—Creo que el término actual es negra.

—No, tía Henry, no es negra. Negra quiere decir africana, y Nina no es africana, ni tan siquiera en parte.

Disgusto e irritación, quizá. ¿Hacia quién? Hacia él mismo por rendirse tan fácilmente, aunque eso era parte de la estrategia que utilizaba en cuanto hacía referencia a su tía. Ceder, ser flexible, seguir viviendo con tía Henry todo el tiempo posible, ahorrando el dinero que de lo contrario se habría visto obligado a gastar en comidas o alquiler...

—Tiene la piel oscura, Tower. Realmente, el que sea de África o de algún otro sitio carece de importancia. No es blanca.

—Hoy en día blanca quiere decir europea y Nina es europea. Es una chica preciosa, muy dulce y amable.

Habló sin mucha convicción, sabiendo que sus palabras no iban a cambiar el futuro. Después de todo ya se había rendido, ¿no? ¿Por qué pelear?

—Puede que sea tan dulce como el azúcar, pero no es adecuada para un Wills. Si piensas seguir viéndola, te ruego que no vuelvas a pedirme que te entregue el capital de tu padre.

—La verdad es que ya no la veo.

Era una capitulación. Pero se trataba de una capitulación calculada, se dijo a sí mismo. Pese a lo que opinase Ted, el dinero era importante.

—Bueno, me parece una decisión muy prudente y sabia por tu parte. Las personas de esa clase no le hacen ningún bien a tu carrera, Tower. Tu padre jamás se relacionó con ese tipo de personas. Y entonces Tower perdió el control, lo cual fue un grave error por su parte.

—Tía Henry, mi padre viajó por medio mundo. Los grandes jardineros y cultivadores no descubren plantas exóticas tomando el té con la aristocracia local. ¡Se internan por el barro y se codean con los campesinos! Puede que le conocieras en un ambiente aristocrático, pero no estuviste todo el tiempo con él. Probablemente se relacionaba con personas de todas clases. ¡No puedes hacer ese tipo de viajes y mantenerte encerrado dentro de una campana de cristal! Supo que había cometido un error tan pronto como hubo acabado de pronunciar esas palabras.

—Es suficiente, Tower.

—Estábamos hablando del dinero de papá —insistió él, aun sabiendo que había vuelto a perder la batalla.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Cuando te sientas menos inclinado a mostrarte grosero, quizá.

Cuando le habló de su tía Henry Ilanina dijo que era una mujer

formidable, y usó un acento al que le faltaba muy poco para llegar a ser francés.

Sally siempre se refería a ella como «la vieja bruja», y acompañaba sus palabras con una medio sonrisa medio carcajada.

A veces Jeanette la llamaba «la solterona».

Tower había aprendido a guardarse sus opiniones y sentimientos para él mismo. Tía Henry era formidable, desde luego, y también era una solterona. Aunque sus fotos de hacía treinta años mostraban a una mujer hermosa, no cabía duda de que ahora su aspecto era el de una auténtica bruja: rostro flaco, hombros anchos, carencia casi total de pechos, cabellera tensamente recogida en una especie de diadema alrededor de la cabeza que algunas veces adornaba con flores artificiales, como si fuera una novia envejecida... Sus ojos recordaban mucho a los de una gallina. Eran igual de negros, perspicaces y carentes de expresión. Sus manos eran grandes y fuertes. Cuando Ted y Tower eran pequeños el único medio de castigo que empleaba era aquellos dedos, que a la hora de pellizcar y retorcer siempre habían resultado tan efectivos como cualquier tenaza de torturador. Cuando crecieron dejó de pellizcarles con los dedos y empezó a pellizcarles con las palabras. «En otro momento». Con tía Henry siempre había que esperar a otro momento.

Aún no había acabado.

—Si no dispones del efectivo suficiente para tus necesidades, me encantará ir al banco y hablar con el señor Sunderson —dijo tía Henry sonriéndole con su fría mueca de siempre, sus inmensas manos cruzadas sobre el regazo.

—Tía Henry, Ralph Sunderson ya me ha prestado todo el dinero que puedo permitirme aceptar. Él lo sabe y yo lo sé. ¡Necesito mi dinero, el dinero que me pertenece! ¡Ese dinero es mío!

—Hace un año te hice una oferta, Tower.

Tía Henry se había ofrecido a proporcionarle capital a cambio de una participación lo suficientemente grande para permitirle controlar el negocio. Tower se dio la vuelta y salió de la habitación, sabiendo que tía Henry seguía sonriendo a su espalda.

Tower y Jeanette hablaron con los Winston el miércoles de aquella semana. El viernes ya habían firmado el contrato y Jeanette estaba sacándole punta a los lápices en el antedespacho e iba dibujando planos sin parar de canturrear. Mientras ella daba rienda suelta a su alegría, Tower consultó un mapa del área metropolitana y buscó las calles que entraban y salían de Cedar Hills, el restringido y elegante enclave suburbano en el que se encontraba Grayholm, la residencia del señor Gray. El señor Gray había sugerido que Tower podía aprovechar el fin de semana para ir a echarle un vistazo.

—Sólo usted, señor Wills. No quiero más personas vagabundeando por ahí.

—¿Gray no estará? —le preguntó Jeanette.

—No. Me explicó que aún no estaba seguro de si quería remodelar el jardín. Necesitará unas cuantas semanas para tomar una decisión, pero dijo que le gustaría que echara un vistazo al lugar y que el encargado se encargaría de enseñármelo todo.

Pero cuando Tower llegó a la residencia no había ningún encargado visible. O, mejor dicho, cuando supuso que había llegado a ella. Estaba ante una garita de piedra con un buzón muy adornado, tal y como se le había descrito, pero no vio ningún número correspondiente a la dirección que le habían dado. En un kilómetro a la redonda no había nada que tuviese un aspecto más prometedor, por lo que Tower metió el coche por entre las puertas a medio abrir y fue siguiendo la curvatura del sendero, avanzando bajo las ramas de unos inmensos castaños de Indias en plena floración carmesí.

—Aesculus carnea —canturreó en voz baja—, un cruce entre el Aesculus hippocastanum y el A. pavia.

Ciertos colores le hacían experimentar una sensación muy parecida a la de estar haciendo el amor. Espasmos hechos de sensaciones eróticas iban velozmente desde su cabeza hasta su ingle. Las flores de los árboles que había a su derecha tenían el color más vivo que jamás hubiese visto en un ejemplar de su especie, un rojo brillante que parecía vibrar en contraste con la sombra, y los árboles debían de medir casi veinte metros de altura, un tamaño enorme para una variedad que, incluso después de muchas décadas de crecimiento, rara vez superaba los doce o trece metros.

—Exuberante —canturreó Tower—. Muy, muy exuberante...

La casa fue haciéndose visible poco a poco, primero una esquina, luego una torre, después una hilera de ventanales que reflejaban el sol del mediodía. Era un *château* de piedra más grande de lo que aparentaba, pues a medida que avanzaba hacia él fue viendo más y más alas de la edificación. Filas de chimeneas aparecieron alzándose hacia el cielo por entre los robles y las hayas. Encerrado por la curvatura del camino había un complejo jardín de setos podados para darles formas diversas, un jardín que era al mismo tiempo adecuado a la escala de la residencia y muy difícil de mejorar. Después de todo, los setos no pueden cambiarse de un momento para otro.

Aparcó el coche en la zona de gravilla, cogió su bolsa de lona del asiento y salió del vehículo, quedándose apoyado unos instantes en la portezuela para gozar del silencio y la paz. La voz casi le sobresaltó.

—¿Está mirando o piensa comprar este sitio?

—Lo siento, yo... —Tower se dio la vuelta. Una chaqueta y un sombrero maltrecho. Tejanos descoloridos y unas botas en pésimo estado—. El señor Gray me ha pedido que le eche un vistazo al sitio donde quiere poner un jardín.

—Oh. Así que usted es el tal Wills... —El señor Sombrero Maltrecho le miró de arriba abajo como si estuviera intentando memorizar su aspecto—. Muy bien. Doble esa esquina de allí y baje la escalera. Al

final del camino hay un círculo de árboles muy viejos. Allí es donde quiere poner el jardín. El señor Gray me dijo que le dejara tomar medidas y echarle un vistazo. Cuando regrese decidirá si quiere encargarle el trabajo.

Tower asintió, recibió otro asentimiento de cabeza como respuesta y vio alejarse la espalda de Sombrero Maltrecho hasta desaparecer detrás de una esquina. Cuando se dio la vuelta para seguir las instrucciones que le había dado captó un movimiento fugaz procedente de la casa. ¿Una ventana? ¿Una cortina movida por el viento? Alzó la cabeza y no vio nada salvo una cortina que temblaba levemente en una ventana del segundo piso. ¿Una criada? Probablemente. Un lugar tan grande nunca podía quedarse totalmente vacío.

Dobló la esquina de la casa y descubrió un tramo de peldaños de granito que tendría unos nueve metros de anchura. El tramo de peldaños estaba interrumpido por dos rellanos adornados con rosales y fuentes talladas. Los rosales tenían varias tonalidades de rosa y melocotón, y estaban tan bien cuidados como si fueran a ser presentados en una exhibición.

Al final de la escalera había un sendero de gravilla flanqueado por setos que llevaba hasta una hilera circular de robles. Los huecos existentes entre los troncos estaban ocupados por un frondoso seto de enebros pulcramente podado. La abundante espesura de tallos resinosos formaba un arco y Tower lo cruzó para entrar en el círculo de árboles...

Y no encontró nada, sólo una extensión de terreno circular repleta de hierbajos y maleza cuyo centro estaba desfigurado por una charca que tendría nueve metros de diámetro. Aquel círculo de troncos inmensos y bien cuidados rodeaba una extensión de nada y vacío. Tower frunció el ceño. El creador de aquellos jardines debía de haber planeado algo para aquel trozo de terreno. Los árboles tenían como mínimo cien años, quizá todavía más... Aquí debió de haber algo. Hurgó en la tierra con el pie y puso al descubierto un fragmento de roca. Losas, quizá. Contempló el charco y distinguió el borroso contorno de unos cimientos circulares apenas visibles bajo la superficie del agua. ¿Qué podía ser? ¿Una fuente? ¿Un reloj de sol? Era lo bastante grande para un belvedere, aunque el sitio dejaba mucho que desear. Cuando ibas a un belvedere querías tener una buena vista, y desde luego aquí no había nada que contemplar.

Dentro de su bolsa de herramientas llevaba un desplantador, así como un rollo de bolsas de plástico y un paquete de marcadores numerados. Recorrió la circunferencia del círculo y fue tomando muestras del suelo con intervalos de quince metros, numerándolas por orden y contando los pasos a medida que avanzaba. El círculo delimitado por la hilera de árboles medía unos doscientos metros, diez metros más o menos. Dividió la zona en secciones y fue tomando

más muestras. La tierra parecía bastante uniforme y estaba compuesta por una mezcla de arenilla y marga. Le faltaba humus, lo cual era normal teniendo en cuenta que no había árboles. Fue hacia la charca y se quedó inmóvil un rato bastante largo contemplando el agua, intentando distinguir lo que había debajo. Hilachas de niebla brotaban perezosamente de la superficie del agua ocultando el contenido de la charca. ¿Qué era aquello? ¿Unos peldaños que iban hacia abajo? ¿Qué podían significar? ¿Un sótano?

Le dio la espalda a la charca y volvió hacia aquella especie de plato encerrado entre los árboles. No, no era un plato. Era como un gran cuenco de sopa con el reborde muy ancho y una pequeña depresión en el centro. Bien. ¿Qué más? La zona más cercana a los árboles sería la más complicada. Medio día de sol por el este y el oeste, pleno sol por el norte, nada de sol al sur, salvo en aquella época del año... De mayo a julio, quizá. El resto de la zona no presentaría problemas demasiado graves.

Una nube pasó por delante del sol y las sombras huyeron velozmente ante Tower. Tuvo la repentina sensación de que su piel estaba mojada, como si llevara una camisa empapada en agua. Se apartó de la charca lanzando una exclamación de disgusto. Había estado tanto tiempo de pie ante ella que la niebla le había humedecido la ropa. Y además olía mal, con una pestilencia entre acre y estancada.

—Si quiere que haga el trabajo lo primero será librarse de esa charca —murmuró.

Empezó a subir por la pendiente y se detuvo un instante buscando el sendero que le sacaría de allí. La sombra de los árboles caía sobre el arco haciéndolo casi invisible desde este lado, y el sendero quedaba oculto entre las sombras. Salió del círculo de robles, volvió a sentir la caricia del sol y se estremeció.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

Sombrero Maltrecho volvía a estar junto a él.

—Más o menos. Oiga, ¿sabe qué había en el centro de ese lugar? He visto una especie de cimientos.

—¡Oh, eso! —exclamó Sombrero Maltrecho—. Era una tumba. ¡La cripta familiar! El arroyo logró abrirse paso hasta allí y todos los muertos acabaron flotando. —Lanzó una carcajada que más bien parecía un relincho o una especie de gorgoteo ahogado que finalizó en cuanto se aclaró la garganta con un abundante escupitajo—. Sí, señor, todos los muertos se fueron a la deriva... —Una sonrisa de astucia curvó sus rasgos mientras observaba a Tower por el rabillo del ojo—. ¿Sabrá encontrar el camino de vuelta?

—Claro. Gracias.

Y, una vez más, vio alejarse su espalda. ¿Habría sido realmente una cripta con un arroyo que pasaba por debajo de ella? Lo dudaba, pero aun así se estremeció, consciente de la viscosa humedad que empapaba sus ropas. El centro del círculo de robles tendría que ser

drenado o rellenado con tierra..., o las dos cosas a la vez. ¿Y en qué clase de jardín estaría pensando el señor Gray? Era el sitio perfecto para un laberinto. Tower siempre había querido diseñar un laberinto. Cuando volvió al despacho Jeanette le pasó las llamadas acompañando el gesto con una mueca.

—¿Dónde has estado?

—¿Por qué?—le preguntó Tower—. ¿Y a qué viene esa mueca?

—Hueles fatal —dijo Jeanette—. Hueles a pantano.

Tower le contó su visita a la residencia del señor Gray mientras Jeanette soltaba exclamaciones y meneaba la cabeza en señal de asombro.

—Tower... ¿Doscientos metros de circunferencia? ¡Eso son más de tres mil metros de espacio para plantar cosas!

—No creo que lo quiera todo ocupado por un jardín —dijo Tower—. ¿Terrazas, quizá? Puede que algunos arriates de flores... Me encantaría hacer un laberinto.

—¿Sabes qué podríamos hacer? —preguntó Jeanette con los ojos iluminados por el entusiasmo con que siempre acogía un trabajo nuevo—. Podríamos hacer un jardín acuático. Bastaría con bombear el agua hasta el nivel superior del círculo y dejar que bajase en espiral por toda la circunferencia. Podríamos poner nenúfares y plantas acuáticas...

Tower lanzó una carcajada demasiado breve y seca, deseando que no estuviera tan dispuesta a hacer sugerencias.

—¿Por qué no esperamos a que el señor Gray nos diga en qué ha pensado?

—Sí, pero, Tower... Dios. —Su incontenible vitalidad casi parecía hacer vibrar la habitación—. ¿Sabes lo que podríamos crear con todo ese espacio?

Tower despertó a primera hora de la mañana del miércoles pensando en Nina. Ya iba siendo hora de llamarla por teléfono, preguntarle qué tal le iban las cosas y actuar de forma amistosa. Quizá debiera concertar una cita para almorzar juntos... Estaba mucho más cómodo sin ella, pero no quería que le guardase rencor.

La voz que le respondió al otro extremo de la línea parecía algo adormilada.

—¿Nina Gyulas? No. Se ha mudado. Hace dos o tres semanas.

—¿Que ha hecho qué? —Entrecerró los ojos y se quedó callado durante unos segundos, preguntándose si había oído bien—. ¿Se ha mudado? ¿Tiene su nueva dirección?

—No. No dejó ninguna dirección.

La voz sonaba distante, como si todo aquello no le importara ni pizca. ¿Sería la compañera de habitación de Nina? Tower la había visto en una ocasión.

—Soy Tower Wills.

—¿Sí?

No parecía saber quién era.

—¿Es usted...? Eh... —Intentó recordar su nombre—. ¿Sandra? ¿Su compañera de habitación?

—No. Su compañera de habitación también se ha mudado.

—¿Qué hará si llega correo para Nina?

—Nunca he visto correo para ella. Soy la nueva inquilina. No la conozco.

La voz sonaba cada vez más distante y desinteresada, y parecía hablar con un leve acento extranjero.

—Gracias —dijo Tower, y cortó la conexión con un dedo algo inseguro.

Si se había mudado, ¿por qué no había hecho desconectar el teléfono? Se preguntó si Nina estaría realmente decidida a impedir que se pusiera en contacto con ella. No, no podía ser. No se había imaginado que fuese capaz de...

¿Qué se había imaginado?

Colocó el auricular sobre su soporte y se metió en la ducha. Esperaría a que Nina le llamase. Cosa que haría más pronto o más tarde, naturalmente. Quería que guardase un buen recuerdo de él. No quería que nadie le odiara. A Ted quizá no le importara despertar animadversión, pero Tower prefería evitarlo siempre que fuese posible.

Pasó toda la mañana sintiendo una cierta irritación, aunque al mediodía ya empezaba a disiparse. Decidió celebrar sus últimos éxitos invitando a almorzar a Ted y Sally, un plan al que Ted accedió con entusiasmo.

—Recógenos en el zoo —le pidió—. Nuestro coche está en el garaje. Tienen que arreglarle la bomba de la gasolina. Además, aún no has visto dónde trabajamos.

La oficina de la administración del parque también era la sede de la administración del zoo. Consistía en un despacho tan alegre como un cuarto de juegos infantiles cuyas paredes estaban pintadas de amarillo. El suelo y los mostradores estaban pintados de un color verde hoja.

—Dios mío, esto es como para dejar ciego a cualquiera —se burló Tower—. No eres lo que se dice una persona muy sutil, ¿eh?

—¿Quién necesita la sutileza? —exclamó Sally a su espalda, dándole un abrazo de oso que le hizo crujir las costillas y envolviéndole en una nube formada por su olor personal, una mezcla de donuts y pan recién horneado, algo cálido, vagamente nutritivo e inconfundiblemente suyo—. Ah, el viejo y sutil Tower... —dijo tomándole el pelo—. Todo monocromático, ¿verdad?

—Con detalles —protestó él—. Siempre pongo algún detalle de otro color.

—Claro. Un acre entero de tejos con un lirio ligeramente descentrado. Tower se rió. Sally solía producir ese efecto en él. No era bonita pero siempre estaba alegre. Pecas, cabellera leonada, piel morena, movimientos rápidos y vivaces... Y además olía bien. Ted y ella habían nacido el uno para el otro.

—¿Qué tal están las niñas?

—Las mellizas están estupendamente, gracias. Disfrutando del regalo de cumpleaños que les envió su tío.

Tower logró mantenerse impasible, aunque no pudo evitar un ligero rubor. Jeanette había comprado el regalo y se encargó de enviarlo por él. Se había olvidado de preguntarle qué escogió.

—¡Teniendo en cuenta su edad, un corralito para jugar es justo lo que necesitaban! Y también es justo lo que yo necesitaba, claro. Gracias, Tower.

—Ah, bueno, ya sabes... —dijo Tower fingiendo que entendía mucho de esas cosas—. No estaba seguro de que fuesen lo bastante mayores, pero...

—¿Habiendo cumplido un año? ¡Mi querido cuñado, tendrías que ver lo bien que se mueven! Parecen un par de nutrias. ¿Dónde vamos a almorzar?

—Había pensado en la Parrilla del Mendigo.

Era un local cercano de ambiente casi familiar cuya comida era mejor de lo que prometía la decoración.

—Oh, hummm. No tendré que cambiarme de ropa.

—Por eso lo escogí —dijo Tower en un tono de voz ligeramente burlón.

Sally no era lo que su tía Henry habría llamado «una mujer elegante». De hecho, la elegancia ocupaba uno de los últimos lugares en la escala de cosas a las que daba importancia.

—He traído ropa por si hacía falta que me cambiara, Tower. ¡Ya sé lo que piensas de mis gustos en cuanto a indumentaria! ¿Y Nina? ¿Vendrá con nosotros? ¿Nos espera allí?

Tower volvió a ruborizarse, esta vez mucho más intensamente que antes. Intentó que no se le notara, pero fracasó.

—No habréis roto, ¿verdad? —le preguntó Sally—. Oh, Tower, no. Siempre estás rompiendo con alguien. Nina es tan... ¡Tan dulce! ¡Tan distinta! ¡Me cae muy bien!

—No, no —protestó Tower—. No hemos roto. Estamos tomándonos un pequeño descanso en nuestra relación, nada más. Tengo mucho trabajo atrasado, y no dispongo del tiempo suficiente para hacer todo lo que me gustaría —Se daba perfecta cuenta del tono defensivo que había empleado, y era todavía más consciente de la expresión escéptica que acababa de aparecer en el rostro de Ted. Era la expresión que solía adoptar cuando se abordaba el tema de las relaciones de Tower, pero Tower no tenía ni la más mínima intención de permitir que el tema saliera a relucir—. Venga, salgamos de aquí

—les apremió—. He reservado mesa para dentro de diez minutos. Comieron cordero al curry con guarnición completa. Tower adoraba las comidas hindúes, chinas y mexicanas, con sus sabores fuertes entre dulces y picantes que enseguida saturaban el paladar. Durante el almuerzo el nombre de Nina fue mencionado dos veces. La primera vez Tower logró cambiar de tema pidiendo más chutney. La segunda vez Sally se mostró inflexible.

—¿Sigue viviendo en el mismo sitio?

—No —respondió Tower secamente—. Se ha mudado.

—Dame su nueva dirección, ¿quieres, Tower? Me gustaría mantenerme en contacto con ella.

—No la llevo encima, Sal. Ya te llamaré —Después volvió a cambiar de tema—. Oye, Ted, ¿estás haciendo algún trabajo relacionado con el diseño de paisajes?

—Alguna cosilla suelta. He hecho un parque de juegos para la Exposición de Hogares y Jardines. También he diseñado un par de edificios de oficinas.

Tower sabía a qué se refería: un cerezo Newport y tres enebros, dos vicaris amarillas, un poco de césped, cinco metros cuadrados de plástico negro y seis sacos de corteza de alcornoque para cubrir los huecos. Sonrió cortésmente y dijo que iría a ver la exposición, cosa que pensaba hacer de todas formas, aunque sólo fuese para mantenerse al corriente de las últimas tendencias.

Cuando volvió al despacho se encontró con un mensaje del señor Gray fijando la fecha para una cita con el señor Wills. El señor Gray aún no estaba al cien por cien seguro de querer un jardín. Tomaría su decisión en el plazo de unos días, antes de volver a su residencia campestre.

—Probablemente sigue en Europa. Debe de ser muy agradable —suspiró Jeanette—. Yo nunca he llegado a salir de los Estados Unidos.

—Fuiste a Hawai.

—Eso forma parte de los Estados Unidos. Es como el sur de California con paisajes orientales.

—Allí llueve bastante más que en el sur de California.

—De acuerdo, pues entonces es Florida con luaus.

Jeanette se fue al antedespacho y en cuanto hubo salido Tower cerró la puerta antes de abrir la puertecita que había detrás de su escritorio. Aquella puertecita daba a su habitación secreta, el único lugar donde podía estar a solas gozando de la más absoluta intimidad. Jeanette nunca había sido invitada a entrar en ella, pero sabía que estaba allí. Tower nunca le había hablado de la habitación a Ted y Sally, y le había ocultado cuidadosamente su existencia a tía Henry. No había entrado en ella desde que Nina se marchó de la Terraza Bryan, y ya casi habían pasado tres semanas de eso. La cocinita tamaño armario seguía igual, con sus dos tazas medio llenas de café solidificado en el que se habían ahogado montones de

moscas. La cama seguía mostrando la huella del cuerpo de Nina y conservaba su olor, almizclado y levemente salvaje. Tower quitó las sábanas y las metió en una bolsa para llevarlas a la lavandería, recordando la última vez que habían estado allí.

El teléfono había sonado y Nina alargó la mano hacia el aparato para detener aquella intrusión en su juego amoroso.

—Lo lamento —dijo con su seriedad y su extraño acento habitual—, se equivoca de número.

Era sábado por la tarde. Jeanette se encontraba en su casa y la puerta del despacho estaba cerrada con llave. Nina iba totalmente desnuda salvo por el velo de su cabellera, que se había apartado de su pecho cuando volvió a colocar el auricular en su soporte frunciendo el ceño.

El fruncimiento de ceño y la seriedad con que había hablado le hicieron reír.

—Nina, cariño, pareces una grabación de la compañía telefónica. Taaan cortés y educada...

—Esa persona quería hablar con alguien que se llamaba Sara —replicó ella, muy seria—. Aquí no hay ninguna Sara, ¿verdad?

Sara llevaba tres meses sin poner los pies en aquella habitación, aunque hubo una época durante la que pasaba muchas noches y tardes del fin de semana en el refugio secreto de Tower. Cuando cumplió los dieciocho años Tower pudo permitirse alguna que otra habitación de motel. Cuando cumplió los veinte años le pedía prestado el apartamento a un conocido que se ausentaba de la ciudad con mucha frecuencia. Desde que puso en marcha el negocio, y de eso hacía cinco años, poseía aquel cuarto cómodamente amueblado que le servía como escondite. Sara, como otras antes que ella, había sido una visitante habitual pero Sara, como otras antes que ella, había acabado siendo amablemente expulsada.

—No, aquí no hay ninguna Sara —dijo Tower—. Aquí sólo hay una Nina y un Tow-er y absolutamente nadie más.

—Oh, sí —dijo ella haciendo que un velo de cabellos negroazulados se deslizara sobre su seno—. Los espíritus de mi pueblo también están aquí.

Nina solía decir cosas muy extrañas y siempre daba la impresión de creer a pies juntillas en sus afirmaciones, pero ésta era todavía más extraña de lo habitual en ella. Tower se la quedó mirando, boquiabierto.

—¿Qué?

—Así es, Tow-er. Cuando uno de nosotros se casa, todos vienen a servir de testigos.

—¿Casarse? —exclamó él con la voz convertida en un ronco y más bien feo susurro—. ¿Quién ha mencionado el matrimonio?

Nina meneó la cabeza.

—No me refiero a tus costumbres, Tow-er. He visto la forma de

casarse de tu gente en la televisión, en los seriales... Me refiero a mis costumbres. Ya te lo he contado todo al respecto. Mi gente se casa tal y como hemos hecho nosotros.

—Bueno, ¿y qué forma de casarse es ésa? —le había preguntado Tower, pues no recordaba que ella le hubiese hablado del tema en ninguna ocasión.

Naturalmente, quizá lo había hecho. Tower no siempre escuchaba lo que le decía.

—Entre nuestra gente cuando un hombre le dice a una mujer que la ama ella piensa cuidadosamente en lo que va a hacer al respecto, pues eso significa poner en juego su vida. Después, si está cansada de ser joven y de que todos la consideren una muchacha, le dice que acepta su amor. Los dos se lo dicen a su gente y todo el mundo se entera. Están casados, y eso es todo. Y los espíritus se congregan. Se dice que también acuden cuando nacen los bebés. Es la forma en que se hace siempre. Según las costumbres de nuestro pueblo, tú y yo estamos casados.

No era más que otra de sus locuras. Nina era tan extraña y creía en cosas tan extrañas que a veces la incredulidad hacía que Tower se sintiera un poco distanciado de ella, y a veces incluso llegaba a sentirse un poco repelido.

—Pero no según mis costumbres —dijo—. ¿De acuerdo? —Nina asintió y Tower sintió un gran alivio—. ¿Y en tu cultura nadie se acuesta con nadie a menos que estén casados? La verdad, me cuesta muchísimo creerlo.

—Claro que lo hacen. Mi pueblo realiza el acto sexual y comete actos pecaminosos igual que la gente de este país. Por el amor del cielo, Tow-er, también somos bastante humanos, ¿sabes?

—Pero eso no se considera matrimonio, ¿eh?

—No a menos que las dos personas se juren amor. Sin amor no hay niños. No nos juramos amor a menos que estemos dispuestos a tomárnoslo en serio. Eso es... —Buscó la palabra adecuada—. Eso es arriesgado. Eso estaría muy mal.

Y un instante después Nina estaba entre sus brazos mientras él le decía que la amaba y que, desde luego, no tomarse en serio tal cosa estaría muy mal. De hecho, sería impensable. Sus palabras parecieron tranquilizarla. Aun así y pese a que sólo habían hecho el amor en tres o cuatro ocasiones —con lo que, evidentemente, Tower aún no había tenido el tiempo suficiente para cansarse de ella—, aquella conversación le había hecho sentirse tan inquieto que no volvió a llevarla a la habitación. Había otras mujeres que quizá fuesen menos hermosas, pero con las que disfrutar del sexo resultaba mucho menos complicado.

El sábado Tower volvió a Grayholm, a pesar de que aún faltaba una semana para su cita con Gray. Sombrero Maltrecho no era visible por parte alguna, aunque la cortina de la misma ventana que había visto

moverse durante su visita anterior tembló durante unos instantes después de que hubiese aparcado el coche y mientras rodeaba la casa. Tower observó el agitarse de la cortina con la esperanza de que así conseguiría hacer sentirse incómoda a la persona que le estaba contemplando.

Cuando llegó al círculo de robles pudo comprobar que el nivel del agua había bajado dejando al descubierto una parte de los viejos cimientos. No creía que aquello hubiera sido una tumba. Sombrero Maltrecho había intentado divertirse a sus expensas tomándole el pelo. Y, aun así, ¿qué podía ser aquello salvo alguna especie de cripta? Intentó distinguir los contornos de la estructura a través del agua y no lo consiguió. Las piedras de la escalera apenas si resultaban visibles, y sus contornos oscilaban como si estuviera hecha de una sustancia flexible, o como si la misma piedra se moviera.

Lo cual era ridículo, claro. Tower intentó sacarse aquella idea de la cabeza. El hecho de que el nivel del agua estuviera más bajo aquella semana indicaba que la charca era producto tanto del arroyo como del drenaje superficial del terreno. No había llovido en toda la semana. Quizá secarla no fuese tan problemático como había temido. Volvió a recorrer la circunferencia imaginándose qué podía hacer con ella. La verdad es que podía hacer cualquier cosa. Un jardín clásico, un laberinto, un jardín de estructura libre e informal, un jardín de especies exóticas, una serie de jardines con ambientes distintos..., cualquiera de esas soluciones encajaría perfectamente con la forma del terreno. La tierra era excelente, aunque levemente ácida. Se sentó junto a la charca y se dedicó a contemplarla, hipnotizado por el cabrilleo del sol sobre las aguas. Los rayos de sol creaban copos luminosos que parecían originarse en aquellas profundidades repletas de piedras y subir a la superficie como luciérnagas. Media hora después volvió en sí con un estremecimiento y comprendió que se había quedado dormido.

Cuando pasó junto a la casa seguía sin haber nadie. La cortina no se movió.

El domingo decidió visitar la Exposición de Hogares y Jardines a una hora bastante temprana, antes de que fuese invadida por las muchedumbres. Recorrió rápidamente los jardines, dejándose asaltar por el torbellino de colores, el ruido del gentío y los olores de las golosinas y los perritos calientes. Buscó el diseño de Ted y no tardó en hallarlo. Era un terreno de juegos para niños con columpios y una gran caja de arena, trozos de cañería de longitudes distintas incrustados en el suelo que dejaban asomar penachos de hierba plumosa, un árbol al que había incorporado una casita hábilmente diseñada y muchas flores colocadas junto a un murete de contención allí donde las manecitas de los niños no podrían alcanzarlas. Ted había incluido otra hilera de flores situadas más abajo para que esas

mismas manecitas pudieran cogerlas.

—¿Verdad que es maravilloso? —murmuró una voz junto a su oído. Se dio la vuelta para ver a una mujer en avanzado estado de gestación que se apoyaba en el brazo de su esposo—. Podríamos poner algo así en el patio trasero, Bill.

—Averigua el nombre del tipo que lo ha diseñado —dijo su esposo—. Siempre podemos hablar con él.

—No, lo que quería decir es que nosotros mismos podíamos hacerlo sin ayuda...

—Bueno, hablemos con ese tipo y preguntémosle qué clase de hierba ha empleado. Y los árboles... Ese árbol de ahí no es de verdad. Tendríamos que poner un árbol de verdad.

Típico, se dijo Tower. Muy típico de Ted, desde luego... Concebir un diseño que cualquier imbécil era capaz de imitar y del que Ted no sacaría ni un centavo. Lo cual era otra de las razones por las que había hecho bien montando su negocio en solitario. Si Ted fuera socio suyo ya se las habría arreglado para regalarlo todo y conseguir que acabaran en la bancarrota.

—¡Tower! —gritó alguien. Era Sally, y venía hacia él con una melliza en cada brazo—. Ted está por ahí con el cochecito. Estamos un poco impacientes, ¿verdad, pollitos?

Una de las niñas alargó el brazo hacia sus gafas mientras la otra emitía una especie de gritito. Ted emergió de entre la multitud y las mellizas fueron devueltas a su cochecito de dos plazas.

—¿Qué opinas? —preguntó Ted señalando el terreno de juegos.

—Muy práctico. Tendría que ser todo un éxito. Oí a una señora muy embarazada poniéndolo por las nubes.

Ted no cabía en sí de gozo.

—El ayuntamiento dice que puedo quedarme con todos los materiales después de la exposición, así que podremos montarlo en casa. ¿Recuerdas ese viejo arce medio podrido que hay en el patio trasero? Lo podé y rellené las cavidades del tronco, y ahora da la impresión de que vivirá cincuenta años más. Es el sitio ideal para construir una casita en la copa... Siempre he querido tener una casita en lo alto de un árbol.

A Tower también le habría gustado, pero tía Henry se negó en redondo. Nada de una casita en lo alto de un árbol, nada de lecciones de esquí, ni hablar de un caballo... «Demasiado peligroso, Tower. Demasiado arriesgado, Ted. No va con nuestro estilo.»

—Tower, he visto a Nina —dijo Sally cogiéndole la mano y tirando de ella para atraer su atención—. Me encontré con ella en la universidad. ¡Me dijo que ya no salís juntos!

Tower intentó reírse.

—Bueno, teniendo en cuenta que se mudó sin avisarme...

—¡No me lo habías dicho!

—Me avergonzaba un poco admitirlo. Bueno, el caso es que se mudó,

¿verdad? No dejó ningún número telefónico o dirección a la que remitirle el correo. Eso parece indicar que no quería...

—Oh, no creo que se trate de eso. Tower, va a la universidad los lunes y los miércoles por la mañana. Asiste a clase en el edificio de lenguas modernas. Se ha matriculado en un curso de italiano...

—Intentaré acercarme por allí la semana próxima.

Sintió que sus labios se curvaban, pero no tenía la sensación de estar sonriendo. Era mentira. No iría a la universidad. Había intentado ponerse en contacto con ella, y ese intento era más que suficiente. Siempre podía decir que lo había intentado, ¿no? Nina había dado el último paso. Después de todo, Tower no era el que se había mudado sin dejar ninguna dirección. La sugerencia de que debía salir corriendo detrás de ella le había hecho sentir una leve irritación, por lo que se disculpó diciendo que tenía trabajo. Sally era una filántropa empedernida. Se pasaba la vida entrometiéndose en los asuntos de los demás, y siempre estaba dispuesta a concertar citas, arreglar relaciones averiadas o conseguir que la gente hiciera amistades. Tower decidió evitarla durante unas semanas, el tiempo suficiente para que su relación con Nina se convirtiera en algo del pasado y Sally se olvidara de ella.

Su decisión no le sirvió de nada. A la mañana siguiente se encontró a Ted esperándole en el despacho.

—Quería hablar contigo —dijo Ted—. Sally pensó que debía hacerlo, y... ¿Dónde está Jeanette?

—El lunes es el día en que se encarga del mantenimiento de algunos encargos.

—Estupendo. Quiero decir... Bueno, quería estar un rato a solas contigo.

Ted se sentía incómodo, y se le notaba en la cara.

—Mira, Ted, no dispongo de mucho tiempo...

—Tienes tiempo suficiente para esto. Escucha, Tower, Sally está realmente preocupada por lo tuyo con Nina.

—Lo que ocurra entre Nina y yo es asunto mío, ¿no?

—Claro que sí. Ya se lo dije a Sally, y ella lo sabe. Pero teme que Nina pueda salir muy malparada de esto, Tower. Nina no es la típica chica norteamericana promedio, ¿sabes?

—Es una mujer adulta. Tiene veintidós años.

Tower se sacó el número de la manga. No tenía ni idea de cuál era su edad. Nunca se lo había preguntado.

—Veintidós años, cuarenta y dos... ¿Qué importa eso? Nina es muy ingenua y emocionalmente es mucho más joven de lo que correspondería a su edad física. No tengo ni idea de cómo es su cultura, pero no la ha preparado para vivir en los Estados Unidos. Se deja engañar con mucha facilidad. Cree en toda clase de cosas extrañas. Si le dijese que el cielo es rojo te creería. Y Sally dice que tiene un aspecto terrible. Se le ha puesto la piel amarillenta, como si

se encontrara enferma...

¿Enferma? ¿Habría conseguido ponerse enferma de tanto preocuparse y llorar, en vez de seguir adelante con su propia vida?

—Aun así —replicó Tower intentando no enfadarse—, eso sigue siendo asunto mío o de Nina y de nadie más. No es cosa que os incumba ni a Sally ni a ti.

—Bueno, Tow, creo que sí nos incumbe un poco. Ten en cuenta que nos la presentaste y que nos cayó muy bien. Nina le dijo a Sally que no creyó que la amabas de veras hasta que no le presentaste a las personas que estaban más cerca de ti. Entonces supo que le estabas diciendo la verdad. Sally... La verdad es que los dos nos sentimos algo responsables de lo ocurrido. No queremos que sufra. A veces no tomas en consideración los sentimientos de los demás.

—Oh, ¿sí? ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Dios, Tower, no creo que haga falta que te lo recuerde, ¿verdad? Como cuando tú y yo planeamos marcharnos juntos abandonando a tía Henry y tú decidiste seguir viviendo con ella sin ni tan siquiera decírmelo. Eso me dolió mucho. Es como si hubieras decidido librarte de mí y me hubieras convencido de que me marchase. Y que sigas viviendo allí oyendo a tía Hen cuando hace observaciones sobre Sally y sobre mí sin protestar o sin decirle que está loca..., eso también me duele. Y no hay que olvidar la forma en que tratas a Jeanette. No le prestas ni la más mínima atención. La tratas como si fuese una especie de robot. Siempre has sido así, Tow. Cuando mamá murió ya eras así. Recuerdo que el día en que falleció hablabas de que podíamos ir a la playa.

—¿Soy una especie de monstruo porque no me pasé semanas enteras llorando? ¿Porque no tuve un ataque de histeria y llanto como el tuyo?

—Diablos, no he dicho eso. No. No eres ningún monstruo. No he dicho que lo fueras y ni tan siquiera estoy intentando sugerirlo. Lo único que digo es que utilizas a las personas como si fueran comestibles, Tower. Las devoras y luego te olvidas de ellas con mucha más facilidad de la que yo podría hacerlo. Y creo que mucho más fácilmente de lo que puede hacerlo Nina, y eso es precisamente lo que intento hacerte comprender.

—No me resulta tan fácil. Sigo echando de menos a Nina.

—Por el amor de Dios, ¿es que no me escuchas o qué? A eso me refiero. Dices que la echas de menos, pero no estás haciendo nada al respecto. También solías decir que me echabas de menos, pero no hiciste nada para remediarlo. Maldita sea, Tower, durante los últimos tres o cuatro años has mantenido relaciones con doce o quince mujeres. No paras de repetirme que has logrado seguir siendo amigo de todas, pero permíteme que te diga que la razón por la que rompiste tan fácilmente con ellas es que no les importabas lo suficiente para que se enfadaran contigo. Nina es distinta. Nina está

enamorada de ti, o lo estaba. Y durante un tiempo tú también actuaste como si estuvieras enamorado de ella. ¡Le diste razones para creer que hablabas en serio, Tower!

Tower estaba empezando a enfadarse.

—Pues claro que...

—Sé muy bien lo que ocurrió. Puedo oírlo. Apuesto a que tía Henry hizo una cuantas observaciones sobre la piel oscura y las razas inferiores... No lo niegues, Tower. Conozco a tía Hen y no dejaría escapar semejante oportunidad aunque en ello le fuese la vida, y antes de que podamos darnos cuenta Sally yo nos enteramos de que has roto con Nina para que tía Hen no se enfade. ¿Cuándo admitirás que tía Hen jamás se desprenderá de ese dinero?

—No fue por tía Henry —mintió Tower—. Era porque necesitaba más tiempo, eso es todo. Nina estaba volviéndose demasiado..., demasiado exigente.

—Te amaba. Te ama. Quiere formar parte de tu vida. Eso es lo que la gente hace cuando ama, ¿comprendes? No es ser «exigente». Es compartir. ¡Y requiere un esfuerzo!

—¡Pues en estos momentos no tengo tiempo suficiente para eso! Todavía no estoy preparado.

—¿Y cuándo diablos lo estarás?

—Cuando el negocio haya despegado. Cuando esté... Cuando haya logrado hacerme un nombre.

—¿En el diseño de paisajes?

Tower le lanzó una mirada cargada de ira y enfado.

—Naturalmente que sí. Oye, el mero hecho de que tú renunciaras a eso...

—No he renunciado a eso. Sencillamente, no estaba dispuesto a sacrificar mi vida para conseguirlo. Dios, Tower, no creas que no sé lo que estás haciendo. Has estado intentando conseguir apoderarte de toda la herencia desde que me marché de casa. Uno de los apoderados me llamó. Está claro que tía Hen debió de decirles que Tower iba a seguir los pasos de su padre y necesitaba todo su dinero, o algo por el estilo.

—Ted, yo te pagaría un interés bastante más alto del que obtienes ahora. Cuando haya logrado triunfar tú también te beneficiarás de ello.

—Mira, hermano, si has planeado convertirte en un triunfador procura no perder a Jeanette. Sin ella estarías hundido.

—¿Qué quieres decir? Yo me encargo de hacer los diseños. Jeanette no es más que una ayudante.

—Tower, hace por lo menos dos años que deberías haberle aumentado el sueldo y haber puesto su nombre junto al tuyo. Jeanette es quien le da vida a tus diseños. Sin ella estás perdido. Tendrías menos vida que un cadáver... Ella comprende las necesidades y los sentimientos de las personas. Tú te limitas a

convencerles para que den su asentimiento sin ni tan siquiera tomarle la molestia de averiguar cuáles son sus auténticos deseos.

Tower no se quedó a oír ni una palabra más. Salió a toda velocidad de su despacho más irritado de lo que recordaba haber estado nunca, y pasó junto a Jeanette sin verla y sin comprender que había vuelto a tiempo de oír la conversación. No regresó hasta la tarde, y descubrió que no había nadie en el despacho.

Tower no creía que Ted tuviese razón, pero no podía olvidar sus palabras. Se encontró observando a Jeanette, escuchándola con atención y analizando cuanto decía. Jeanette siempre hablaba mucho y, en realidad, no decía gran cosa. Había muchos momentos en los que ni tan siquiera hablaba, limitándose a canturrear para sí misma en un tono de voz apenas audible.

—¿Jeanette?

—¿Ummm?

—¿Qué estás cantando?

—¿Cantar? ¿Yo? Si no sé cantar... No sería capaz de recordar una melodía ni aunque me la tatuaran en el cerebro.

Aun así, parecía como si estuviese cantando. Tower empezó a vigilarla y la interrumpía cada vez que canturreaba. «Jeanette, ¿dónde está el expediente sobre ese trabajo que nos encargaron los Smith el año pasado?» «Jeanette, ¿podrías traerme una taza de café?» Tower se dedicó a interrumpir sus canturreos sin saber muy bien por qué lo hacía. A medida que pasaban los días aquel sonido jovial fue haciéndose cada vez más raro. Seguía oyéndolo en el patio y, a veces, mientras trabajaban, pero casi nunca en el despacho.

—¿Sabes qué podríamos hacer? —exclamó Jeanette muy emocionada dando golpecitos sobre el plano del encargo Winston con la goma de su lápiz—. Podríamos poner algunos tulipanes debajo de esa cornisa. Sería una maravillosa sorpresa de abril. ¡Ni tan siquiera sabrían que estaban allí hasta que los bulbos empezaran a brotar!

En el encargo Bryan había hecho una sugerencia muy parecida.

—¿Sabes qué podríamos hacer? Podríamos poner alisos y esa salvia azul de tallo corto a lo largo de la base de los tejos. La salvia florece durante mucho tiempo, y volvería a salir cada año. Colocar unos cuantos alisos cada primavera no requiere mucho tiempo, y son muy baratos...

Y aquellas maceteras inmensas con geranios blancos. Había sido idea suya. Cuando llamaron por teléfono los Winston le hablaron de los geranios.

—No —dijo Tower con voz tranquila y fría—. Mantengámoslo lo más limpio y despejado posible. Quiero reducir al mínimo las plantas que requieren cuidados estacionales.

—¿No le dará un aspecto algo estéril?

—Limpio —repitió Tower sin perder la calma—. Buenas masas. Buen color del follaje. Buenas líneas. Eso es lo que importa.

Jeanette hizo algunas sugerencias más sobre el encargo de los Winston y Tower le puso su veto a todas. Quería dejarle las cosas bien claras. Este proyecto iba a ser puro Tower Wills desde el principio hasta el final. Ted no tenía que haberse metido en sus asuntos, y Tower tenía intención de probarle que todo cuanto había dicho era mentira.

Durante los días siguientes los canturreos de Jeanette desaparecieron casi por completo. Ahora ya ni tan siquiera canturreaba en el patio.

—¿Cuándo se supone que debemos empezar a ocuparnos de Gray y su encargo? —le preguntó.

—Tiene que regresar esta semana. Iré a visitarle durante el fin de semana.

—¿Quieres que te acompañe?

Unas semanas antes Jeanette habría dado por sentado que ella también iría a echar un vistazo.

—Dijo que sólo quería verme a mí —replicó Tower—. No hace falta que interrumpas tu descanso del fin de semana para averiguar qué se le ha metido en la cabeza.

El trayecto hasta Cedar Hills le pareció más largo que antes. Hacía un día nublado y sin viento. Un mayordomo le abrió la puerta de la casa. El edificio era enorme y hacía pensar en una caverna oscura y ostentosamente amueblada. El señor Gray le recibió en un porche cubierto sentado en una silla de ruedas. Todas las persianas estaban bajadas, la mesita que había ante él sostenía una bandeja con bocadillos y tenía un bar portátil cerca. La penumbra hizo que Tower sólo pudiera estar seguro de una cosa: Gray era bastante alto. Una manta le tapaba las piernas. Gafas oscuras ocultaban la mitad de su rostro y una barba negra ocultaba la otra mitad.

—Disculpe mi aspecto, señor Tower. Padezco artritis y soy alérgico a la luz del sol. No puedo prescindir de las gafas oscuras, y tengo grandes dificultades para afeitarme. En invierno me las arreglo mejor. Entonces el día no es tan largo, ¿comprende?

—Lo comprendo, señor Gray. Supongo que el que la luz del sol le moleste hará que planear un jardín para usted resulte bastante difícil.

—No. En el caso de este jardín no lo será. Siéntese, señor Wills. Coja algo de la bandeja. Sírvaselo que más le apetezca de beber. El jardín de esa terraza que diseñó me ha gustado mucho. Estuve allí de noche, naturalmente. Bien, y ahora le hablaré de mi pequeño capricho vanidoso.

—¿Su capricho vanidoso?

Tower se sirvió un poco de escocés con soda y cogió unos cuantos canapés de salmón.

—Mi apellido. Gray. El nombre de mi casa, Grayholm. Eso también es un capricho dictado por mi vanidad personal. Bien, me gustaría que

diseñara un jardín para mí, y ese jardín será otro capricho dictado por la vanidad. Quiero un jardín que deba ser visto después del ocaso y a la luz de la luna. Quiero un jardín tan gris como mi apellido¹.

Tower no pudo impedir que el asombro que sentía se hiciera visible en su expresión.

—¡Ah! Le he sorprendido, ¿verdad? Sí. Un jardín gris... He estado leyendo algunos libros sobre horticultura. Hay muchas plantas y árboles con follaje gris o casi totalmente gris. Un poco de verde y un poco de azul, sí, pero lo que predomina en ellas es el color gris. Algunas son plantas del desierto, otras son matorrales. Algunas son muy grandes y otras son minúsculas, según he leído. Quiero que cree un jardín gris para mí.

—¿Dentro del círculo de los robles?

—Sí. El jardinero me ha dicho que ya lo ha inspeccionado en un par de ocasiones. Quería que lo viese con sus propios ojos. Ese espacio no se utiliza para nada y es realmente feo. ¿No le ha parecido horrible? Antes había una casita de piedra que se ha convertido en ruinas. Según me han contado, era una especie de refugio primaveral. Hice que derribaran la parte superior. Ahora ese lugar sólo sirve para acumular agua y criar insectos.

Bueno, así que Sombrero Maltrecho le había estado tomando el pelo con aquello de la tumba...

—¿Ha pensado en cuál ha de ser el estilo de ese jardín? ¿Quiere flores? Durante el ocaso y bajo la luz de la luna las flores blancas pueden llegar a ser muy hermosas.

—Flores blancas... —dijo el hombre de la barba con expresión pensativa, moviendo lentamente los labios—. El blanco es un color virginal. No, me temo que no resultaría apropiado. No. No quiero ningún color, ni tan siquiera el blanco. ¿Me comprende?

—Le comprendo. Pero no acabo de ver qué es lo que desea de mí. ¿Un jardín de rocas? ¿Un jardín laberinto? ¿Quizá un jardín del desierto?

—¿Un jardín de rocas?

El tono en que pronunció aquellas palabras le dijo mucho más que las palabras en sí.

—Disculpe, pero... Me parece que el inglés no es su lengua nativa, ¿verdad?

—Oh, no, mi querido señor Wills. No. Su lengua no es mi lengua nativa. Suelo tropezar con palabras que no comprendo.

—Bueno, un jardín de rocas realmente bueno tiene el aspecto de una formación rocosa natural. Puede ser seco, o puede haber agua corriendo o atravesándolo por un solo sitio, tal y como suele ocurrir en lo alto de las montañas o cerca de los ríos. Un buen jardín de rocas posee muchos cambios intrigantes de nivel y de escala y,

¹ “Gray”, en inglés, significa “gris” (N. del T.)

naturalmente, se usan plantas que tengan un aspecto interesante para darle el ambiente de un paisaje natural.

—Entiendo. ¿Qué opina usted? ¿Pondría un jardín de rocas dentro del círculo de los robles?

Tower estuvo pensando en ello durante unos momentos.

—Creo... Creo que si el terreno fuese mío y si el presupuesto lo permitiera pondría un jardín de rocas a la entrada del círculo, con lo que se llegaría al círculo a través de las rocas bajando por un tramo de peldaños muy angostos que tendrían un aspecto lo más natural posible. Bombearía el agua del arroyo haciendo que atravesara el jardín, con lo que habría pequeñas cascadas y estanques para reflejar la luz de la luna y crear un sonido suave. Eso nos permitiría utilizar tanto las plantas que prefieren un ambiente seco como las que prefieren un ambiente húmedo. Si nos limitamos a usar plantas de color gris, el tener un ambiente seco y uno húmedo aumentará la gama de especies a nuestra disposición. Después crearía un pequeño estanque en algún sitio, preferiblemente no en el centro donde está ahora, lo cual nos permitiría usar plantas acuáticas y de pantano. Hay algunas plantas de pantano muy bonitas que tienen un perfume muy agradable, y la poca luz haría que pareciesen negras o de un color gris oscuro. Después llenaría parte del terreno restante con árboles y matorrales para que sirvieran como telón de fondo. La impresión producida sería la de un descenso gradual hacia el fondo de un cañón. La zona es grande y llenarla va a resultar bastante caro. Si quiere limitarse al color gris, habrá que estar podando continuamente las plantas que echen flores. El jardín necesitará un mantenimiento constante.

—Oh, sí, claro. Cualquier cosa que sea digna de hacerse merece llegar al límite de tus recursos personales, ¿no le parece?

La voz del hombre temblaba con una extraña emoción contenida, una emoción tan potente que su fuerza hizo palidecer a Tower. No logró encontrar ninguna réplica adecuada a esas palabras.

Acabó decidiendo que lo mejor sería fingir que no se había percatado de aquella emoción.

—¿Cuándo quiere empezar?

—Los trabajos deben estar completados hacia la primavera. Quiero que todo esté terminado para junio.

—Doce meses... No es mucho tiempo. A veces sólo el localizar las plantas puede requerir meses enteros.

—Me doy cuenta de que he estado dándole largas, pero hasta esta misma semana no sabía si..., si el jardín sería realmente necesario. Pero tiene que estar terminado para esa fecha. En caso contrario, no quiero que inicie los trabajos.

Tower se mordió las mejillas, no muy seguro de qué respuesta debía darle.

—Señor Gray, créame, le aseguro que haré todo cuanto esté en mi

mano, siempre que usted comprenda que ese plazo me impide garantizarle la perfección. A veces se necesitan meses para localizar las plantas y traerlas hasta aquí.

El hombre de la silla de ruedas se contempló los zapatos durante unos momentos mientras movía un pie hacia adelante y hacia atrás como si fuera un metrónomo.

—Oh —dijo por fin—. Quizá pueda ayudarle. Me dedico a la importación. Importo toda clase de cosas desde todos los rincones del mundo. Si me hace saber lo que necesita, puedo acelerar el envío. Hasta es posible que algunos de mis contactos estén en posición de hacer sugerencias que le ayuden...

No era el tipo de participación que Tower deseaba de un cliente. Aquel arreglo ofrecería demasiadas posibilidades de intervención. Había demasiadas formas de que las cosas pudieran ir mal y acabarían escapando a su control...

El hombre de la silla de ruedas interrumpió el curso de sus pensamientos.

—¿Tiene alguna idea de cuál puede ser el coste, señor Wills? Mis cálculos rondan el millón y medio aunque, naturalmente, no sé mucho del tema. ¿Me he aproximado a su cifra?

Un millón y medio. Sí. Tower se dio cuenta de que había estado ocultándose esa cifra a sí mismo. Había estado pensando en ella, pero se negaba a admitirla. Asintió, preparado para abrir la boca si Gray protestaba.

—Me parece un coste razonable. Siempre que usted me garantice que el jardín estará terminado para la fecha que le he especificado, naturalmente.

Tower asintió, aturdido.

—Creo que... si sus contactos de ultramar pueden ayudarnos... — Acababa de renunciar al control absoluto sobre el encargo, algo que se había jurado no volver a hacer jamás. Pero si Gray podía gastarse tal suma de dinero, el jardín podría aparecer en las portadas de todas las revistas de horticultura del país—. ¿Quiere que redactemos un contrato?

—Déjeme un ejemplar del tipo de contrato que utiliza normalmente. Si es necesario, haré que mi abogado introduzca las modificaciones que le parezcan convenientes.

—Tardaré un poco en disponer de los cálculos definitivos sobre el coste.

—No importa. Redactaremos el contrato sobre una base «no exceder la cantidad» y ya me dirá a cuánto asciende esa cantidad.

Tower se disponía a marcharse, pero el hombre de la silla de ruedas le detuvo.

—Señor Wills... En el centro del círculo, allí donde está la charca..., quiero colocar algo diseñado por mí. ¿Comprende?

Tower frunció el ceño y lo desfrunció enseguida.

—Naturalmente. Lo que usted quiera.

—Cuando dibuje los planos coloque una valla alrededor del centro. Un círculo de... Oh, digamos unos cuarenta metros de diámetro. Con eso debería haber más que suficiente. Incluya un seto bastante espeso alrededor de la valla. Haga que forme parte de sus diseños.

—¿No quiere poder ver el centro? ¿El seto y la valla han de ser permanentes?

—El seto, sí. Permanente. Algo alto. Sí. Lo que habrá al otro lado debe ser una sorpresa para aquellos que paseen por el jardín. No sabrán que está allí hasta tenerlo encima.

Tower asintió, perplejo. Como el centro del laberinto, pero sin el laberinto... Eso crearía problemas de diseño, naturalmente, pero no pensaba discutir con aquel hombre.

Tower llegó a casa sin saber muy bien cómo había hecho el trayecto. Su mente flotaba por entre las nubes.

Sally le llamó por teléfono aquella noche.

—Tower, ¿te has acercado por la universidad para ver a Nina?

—No, no he ido —dijo él.

No había pensado ni una sola vez en Nina, en lo que le había dicho Ted o en la ira que había sentido al oír sus palabras.

—He vuelto a verla —dijo Sally. Su voz sonaba un poco ahogada, como si hubiese estado llorando—. Me dijo unas cosas muy extrañas. Tower, realmente deberías hablar con ella...

Esta vez ni tan siquiera se enfadó.

—Mira, Sal, cuando vuelva a hablar con ella, si es que lo hago, sabré arreglármelas sin necesidad de que me des instrucciones.

Colgó sin darle tiempo a responder.

Cinco minutos después ya se había olvidado de la llamada.

Dibujó el plano preliminar en casa, sin admitir ante sí mismo que no quería oír ninguna de las sugerencias que Jeanette pudiera hacerle. Cuando Jeanette le preguntó qué tal había ido la visita Tower intentó salir del paso con excusas.

—No está seguro de lo que quiere —murmuró—. Hemos quedado en que volveremos a vernos varias veces para hablar del asunto.

Jeanette mostró una falta de curiosidad que no era nada normal en ella.

—Estoy seguro de que todo acabará saliendo bien.

—¿Qué tal va el encargo de los Winston?

—No han dicho gran cosa.

—Bueno, ¿qué dicen?

—Dicen... Dicen que les parece un poco... Creo que la señora Winston dijo que les parecía un poco frío y rígido. Le dije que el aspecto del jardín se animaría un poco a medida que las plantas fuesen creciendo.

Tower frunció el ceño. El plano de los Winston no contenía muchas plantas que pudiesen animar el jardín al crecer.

—¿Los arces enanos?

—Sí, esos. —Con voz desafiante—. Le dije que debería plantar algunos bulbos delante de la línea principal de la vegetación. Y que añadiera unas cuantas plantas perennes más.

Tower la miró fijamente.

—Creía que ya habíamos hablado de eso.

—Sí, ya sé que hablamos de eso. Pero el proyecto no acababa de gustarle. La idea de los bulbos y las flores le encantó. Le di una lista. Tulipanes de varias especies, columbinas enanas, lirios negros, anémonas japónica...

—¿Y se supone que debemos encargarnos del mantenimiento de lo que plante?

—Le dije que no nos encargaríamos del mantenimiento de las flores, solo de los matorrales. Le dije que eso le permitiría mantener una relación más íntima con el jardín.

—Y se lo tragó.

—Sí. Se lo tragó.

Jeanette salió del despacho y cerró la puerta a su espalda. Antes nunca cerraba la puerta. Tower la vio marchar con una cierta intranquilidad, y se preguntó cuál sería la causa de que se sintiera intranquilo.

Pasó toda la mañana haciendo listas de las plantas necesarias, hojeando números de *Hortus Three* y de la revista *Horticultura* y repasando su lista de proveedores para localizar a las empresas especializadas en material exótico. Naturalmente, no hacía falta que todo fuese exótico. Algunas de las plantas que utilizaría eran viejas conocidas del repertorio habitual. *Cerastium tomentosum*, *artemesia stellerana*, olivo ruso, abeto del Colorado (se suponía que era azul, pero había muchos ejemplares de un gris plateado), montones de enebro gris, sedums grises... Y cactus, naturalmente. Necesitaba algunas plantas que fuesen casi negras para el contraste. Eso podía causarle algunos problemas. Las especies con cortezas negras no eran difíciles de encontrar, pero ¿hojas negras? No estaba seguro de si Gray aceptaría la yedra negra, aunque en la oscuridad quedaría estupendamente. ¿Cotinus, quizá? O algo de un verde muy oscuro. Taxus. Tejo o acebo. Acebo sin las bayas.

Recordó que en una ocasión había comprado unas cuantas rocas plateadas de gran tamaño en la propiedad de un granjero que vivía al norte de la ciudad. Cuando estuvo allí se fijó en un promontorio rocoso. Creía acordarse de que las rocas estaban cubiertas por una gruesa capa de liquen gris y plata con algunas manchas rojas. Podía eliminar el rojo usando una esponja empapada en una solución de cloro. Si compraba todo el promontorio quizá bastara para llenar la cantidad de espacio necesaria.

—Fotos —murmuró, anotándolo en su bloc.

Tendría que sacar fotos de aquel promontorio rocoso, numerar los fragmentos a medida que se los fueran llevando y volver a montarlos con una grúa. ¡Sería como trasladar aquel templo egipcio! Con la única diferencia de que cuando hubiese terminado todo debía tener el aspecto de haber estado siempre allí.

Se fue a casa temprano y se llevó todo el material que había recopilado con él.

—Estás trabajando en algo especial, ¿eh? —ronroneó tía Henry.

—Sí, existe la posibilidad de que consiga un trabajo muy importante —admitió Tower—. De momento sólo es una posibilidad. Aún no he hecho las estimaciones del coste.

—¿Para quién es? —quiso saber tía Henry.

—Para un hombre que vive en Cedar Hills...

—Oh, ¿de veras? —Sólo los muy ricos vivían en Cedar Hills—. ¿Es alguien de quien haya oído hablar?

—Se llama Gray. La inicial de su nombre es una A. Es extranjero... Bueno, no ha nacido aquí.

Recordó la opinión que le merecían los extranjeros a tía Henry, pero ya era demasiado tarde.

—No..., no será de color, ¿verdad?

—No, no es de color. No... ¿Ruso, quizá? Uno de esos países que hay alrededor del Mar Negro. No he conseguido identificar su acento. La verdad es que no tiene demasiado... Da la impresión de haber aprendido a hablar el inglés estudiando libros. Su pronunciación es perfecta, pero a veces su elección de palabras resulta un poco rara.

La expresión del rostro de tía Henry sufrió un cambio muy extraño a medio camino entre la tristeza y la nostalgia.

—Conocí a un hombre guapísimo que hablaba justo de esa forma —le confesó—. Creo que era yugoslavo o rumano...

—Sí, podría ser —admitió Tower.

—El nombre al que conocí era de sangre real —dijo tía Henry con voz altisonante—. Era muy apuesto. Y se mostró muy atento conmigo. Naturalmente, ya han pasado más de treinta años...

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Tower sin poder contenerse—. ¿No le estaba permitido casarse con una plebeya?

—Su esposa había muerto hacía poco tiempo —dijo tía Henry—. Aún no se había quitado el luto. Si no hubiera sido por eso... Bueno, quién sabe. Teníamos muchas cosas en común. —Suspiró, y por un momento pareció casi humana—. Cuando nos separamos me dijo que algún día me concedería aquello que más deseaba. —Y, unos instantes después, en un tono de voz mucho más seco, añadió—: Me alegra ver que por fin empiezas a relacionarte con gente de categoría, Tower.

Quizá fuera la aparentemente total falta de curiosidad mostrada por Jeanette lo que acabó impulsando a Tower a hablarle del encargo que le había hecho Gray. Le explicó la situación mientras tomaban café y usó un tono de voz jovial y despreocupado, como si el encargo no tuviera ni la más mínima importancia. Incluso hizo algún que otro chiste sobre su alergia a la luz del sol.

—Qué horrible —dijo Jeanette, y sus ojos se llenaron de unas lágrimas tan inexplicables como injustificadas—. Es realmente espantoso. Pero, aun así, eso no es excusa para...

—¿No es excusa para qué? —preguntó Tower con voz demasiado áspera, preguntándose qué podía estar pasándole por la cabeza.

—Para gastarse todo ese dinero en un jardín muerto —dijo Jeanette—. Creo que no seré capaz de hacerlo.

—No es un jardín muerto y no te estoy pidiendo que hagas nada. —Cogió un fajo de papeles y lo golpeó contra la mesa para alinear los cantos, produciendo un ruido casi idéntico al de un bofetón—. Yo me encargaré de lodo.

Jeanette reaccionó como si la hubiera golpeado. Tardó un tiempo en responder, y cuando lo hizo Tower notó que escogía sus palabras tan cuidadosamente como si hablara con un desequilibrado.

—Ya sé que nadie me ha pedido que tome parte en ese proyecto. Pero no creo que debas encargarte de él, Tower. Ahí hay algo... morboso. Es una perversión. No es natural.

—Tonterías. Todas las plantas que voy a usar son perfectamente naturales. Una parte muy grande será material del que empleamos habitualmente.

—Material que usamos junto con otras plantas —dijo Jeanette—, plantas que sí tienen colores y que florecen. La mitad de las plantas que has mencionado florecen, y si quieres conseguir que se mantengan de color gris tendrás que podarlas continuamente.

—Bueno, ¿y qué? Las podaré.

—Puedo comprender que un hombre desee un jardín en el que le sea posible estar cómodo, pero podría haberte pedido un jardín blanco. El blanco no es un color. Y a la luz de la luna resulta realmente precioso.

—No quiere un jardín blanco. Quiere un jardín gris. Gris oscuro, gris alquitrán, gris paloma, gris pálido... Es una especie de chiste privado relacionado con su apellido.

—Rosas blancas. Podrías colocarlas detrás de una roca para no verlas, pero aun así seguirías oliendo su perfume. O lirios...

—Jeanette... —la advirtió Tower con voz enfadada—. El coste ascenderá a un millón y medio de dólares. Nuestro beneficio bastará para el invernadero. Y el cliente quiere que todo lo que haya en el jardín sea de color gris.

Jeanette suspiró. Y volvió a suspirar.

—Es mucho dinero —admitió—. Pero, aun así, creo que no seré capaz de hacerlo, Tower. Es como..., es como una traición. Es una especie

de negación. Una negación del color, una negación de los sentidos. Sólo porque tiene un problema de visión... Bueno, sería incapaz de hacerlo.

Cuando salió del despacho parecía muy triste. Tower llevaba días sin oírla canturrear.

Nada de todo eso le preocupaba una semana más tarde cuando volvió a visitar al señor Gray en su porche cubierto y le habló de las piedras para el jardín.

—... piedra de un gris plateado que ha envejecido de forma natural en el promontorio del que forma parte. Hay montones de grietas y hendiduras dentro de las que se pueden plantar cosas. Además el promontorio está dividido en dos masas principales, lo que nos permitirá disponer de un punto natural para hacer bajar la escalera.

—¿La escalera?

—Necesitamos unos cuantos tramos de peldaños. Un tramo, luego una zona llana y después unos peldaños más... Los peldaños deberían estar hechos de la misma piedra, y el sendero que vaya por entre ellos debería estar cubierto con gravilla del mismo color, puede que con algunas losas incrustadas. He estado haciendo listas de las plantas y he llamado a mis suministradores. —A Tower le había sorprendido descubrir la cantidad de plantas negras y grises disponible de las que no tenía ni el más mínimo conocimiento—. Si nos limitáramos a usar especies corrientes podríamos ir bastante deprisa, pero usted no desea algo corriente.

—No —Gray meneó lentamente la cabeza—. No debe ser algo corriente.

—De todas formas, los fondos pueden hacerse con especies más fáciles de obtener. Tan pronto como nos hayamos puesto de acuerdo sobre la disposición general podré empezar la búsqueda de los abetos y los cipreses.

—¿Tiene planos?

—Esbozos preliminares.

Tower era un dibujante magnífico, y se había pasado toda la noche trabajando en los esbozos que traía consigo. Uno mostraba el jardín desde abajo, otro el conjunto de las plantaciones y un tercero el estanque. Todos tenían el mismo ambiente nebuloso y cargado de misterio, y estaban bañados por una luz suave que hacía pensar en las tierras altas de Escocia.

—Bien —Gray los estudió sin quitarse las gafas oscuras—. ¿Me los dejará?

—Naturalmente. Supuse que desearía estudiarlos.

—La cifra de que hablamos... ¿Será satisfactoria?

Tower tragó saliva.

—El proyecto requerirá toda esa cantidad de dinero. Solamente mover las rocas ya costará un cuarto de millón. Hay que seleccionar los abetos guiándose por el color. Costarán unos cien los treinta

centímetros ya plantados, y necesitaremos una gran cantidad. He hecho los cálculos dejando un margen bastante amplio para el material más exótico. Puede que me vea obligado a recorrer bastantes kilómetros en avión para conseguir algunas de esas especies.

Y el beneficio, se recordó a sí mismo aunque no lo dijo en voz alta. Por lo menos un cuarto de millón de dólares de beneficio.

—¿Podrá poner en marcha todo el proyecto sin un adelanto, señor Wills?

—No. Francamente, no puedo. Necesitaré pagar a los suministradores y a los obreros...

—Haré que le abran una cuenta para que pueda resarcirse de los gastos. Doy por sentado que está dispuesto a esperar hasta el final de los trabajos para cobrar sus honorarios, ¿no?

Tower asintió en silencio.

—Entonces podemos ocuparnos del contrato. Ya lo he firmado. ¿Quiere firmarlo?

—¿Qué le ha añadido?

—Sólo la fecha en que deben estar terminados los trabajos —dijo Gray—. Todo debe estar terminado para el mes de junio. Si no estuvieran terminados entonces no habría razón para llevar a cabo el proyecto.

—Con la ayuda que se ha brindado a ofrecerme creo que podremos conseguirlo.

—Debe estar terminado para esa fecha.

—¿Tiene algún significado especial para usted? —le preguntó Tower. Si podía sacarle algo, por poco que fuese, quizá le sirviera de ayuda a la hora de hacer los diseños— ¿Un aniversario, quizá?

—Quizá —Gray sonrió y unos labios bastante carnosos asomaron brevemente por entre la barba y el bigote. Eran de un color púrpura, como los de quienes tienen problemas con el corazón—. Todas las fechas son aniversarios de algo, ¿no es así, señor Wills?

Tower guardó silencio esperando que seguiría hablando, pero Gray no se tomó la molestia de darle más explicaciones. Repasó el contrato y no encontró nada a lo que ponerle objeciones. La cláusula que especificaba la fecha en que debían terminarse los trabajos se limitaba a decir que Tower daba su garantía personal de que el jardín estaría terminado el mes de junio del año actual. Tower cogió su pluma.

—No —dijo el señor Gray—. Por favor, fírmelo aquí.

—¿Dónde?

Tower alzó los ojos, sorprendido.

Gray hizo avanzar su silla de ruedas hasta la ventana y alargó el brazo para subir la persiana que impedía entrar la luz. En cuanto lo hubo hecho pudieron contemplar la escalera, el sendero de gravilla y la abertura en el círculo de árboles que daba al espacio central. La luz

se reflejaba en las aguas de la charca y el viento las movía suavemente enviando haces luminosos a sus ojos. Alguien estaba caminando por el centro del círculo, pero la luz sólo dejaba ver un perfil confuso. Tower lanzó un gruñido.

—No sé qué sentido tiene.

—En este contrato hay tres partes, ¿no? Está el comprador, que soy yo. Y el diseñador, usted. Y el... ¿Cómo llamarle? ¿El sujeto? ¿El que debe ser immortalizado mediante sus talentos? Las tres partes deberían estar presentes en el momento del acuerdo.

Le ofreció su pluma. Tower la cogió y la dejó caer con una exclamación ahogada mientras agitaba la mano.

—¿Qué ha ocurrido, señor Tower? Ah, se ha cortado. Mire, hay sangre en el papel. Ah. Ya veo. El clip de la pluma está roto. Qué desagradable. ¿Quiere que le dé algo para que pueda vendarse la herida?

Tower se envolvió la mano con el pañuelo. No era nada, sólo un corte poco profundo de unos tres centímetros escasos en la palma de su mano. Nada serio. La herida apenas sangraba y sólo una gotita había caído sobre el papel.

—No es nada —dijo—. Estoy bien.

Sacó su pluma del bolsillo y firmó el contrato, tapando la minúscula mancha de sangre con su nombre.

El hombre de la silla de ruedas bajó la persiana y volvió a su posición anterior.

—Dígame, señor Wills, ¿le gusta su trabajo?

—Disfruto enormemente con él.

—¿Lo ama?

—Nunca he estado muy seguro de cuál es el significado de esa palabra —Tower dejó escapar una carcajada no demasiado convincente—. Tengo una ayudante que ama los perritos, el helado y las plantas. Yo no soy así. Pero prefiero el trabajo que hago a cualquier otro de los que conozco y si quiere llamarle amor a eso... Supongo que amo mi trabajo, sí.

Los labios purpúreos aparecieron durante una fracción de segundo por entre la barba. El señor Gray cogió un ejemplar del contrato y le entregó el otro ceremoniosamente a Tower.

—Rezaré para que obtenga un gran placer de este encargo, señor Wills.

El mayordomo entró en la habitación convocado por alguna señal silenciosa y le acompañó hasta la salida. Unos instantes después Tower se encontró en los peldaños de la escalera principal mientras la puerta se cerraba a su espalda. Todo había ocurrido tan deprisa que no había podido sentir el júbilo que esperaba. El contrato que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta no emitía ningún cálido resplandor. Aun así, estaba firmado y Gray había aceptado sus cálculos provisionales. Ese presupuesto... Dios, lo que sería capaz de

hacer con un millón y medio de dólares, ¡y lo que haría luego con el beneficio!

Se alejó por la avenida de castaños de Indias, y una parte de su mente se dio cuenta de que las flores carmesíes se habían vuelto de un rosa metálico que parecía oxidado. Era un color muy extraño que jamás había visto antes, y le resultó difícil asociarlo con nada que estuviese vivo.

—La semana que viene cumpliré sesenta años —dijo tía Henry con cara de satisfacción—. Voy a obsequiarme con una fiesta de cumpleaños. Quiero que Ted y como-se-llame asistan a ella.

—Creía que Sally no te caía bien —replicó Tower, disgustado.

No deseaba volver a hablar de su relación con Nina, pero estaba seguro de que Sally sacaría a relucir el tema. El día anterior Tower había pasado por el despacho de Ted para dejarle unos papeles, y sintió un cierto alivio al ver que lo habían repintado con unos colores más discretos. Calculó cuidadosamente la hora de su visita para que coincidiera con la del almuerzo de Ted y Sally, pero tuvo la mala suerte de encontrárselos comiendo unos bocadillos en el escritorio de Ted y nada más verle Sally empezó a hacerle preguntas sobre Nina. Tower salió huyendo, y las palabras de su tía le hicieron sentir el mismo deseo de huir que había sentido entonces.

—¿Por qué quieres invitarles? —le preguntó.

—Oh, debemos olvidar el pasado, ¿no crees? —dijo tía Henry con placidez.

No era lo que había dicho el mes pasado; y no era lo que diría la semana próxima. ¿Por qué lo decía ahora? Porque sabía que así conseguiría irritar a Tower. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo era posible que siempre hubiese sabido cuál era la mejor forma de irritarle? Aquel don suyo había hecho que Tower y Ted se sintieran muy incómodos en su presencia. Lo sabía y eso era todo, y lo había sabido desde que eran niños, desde que acudió para cuidar de su madre. Si Tower le hubiese suplicado que invitara a Ted y Sally, tía Hen habría encontrado alguna excusa para negarse. Tower no quería verles, y ésa era la razón de que les invitara.

Lo único que podía hacer era fingir indiferencia.

—Estupendo —dijo—. ¿Quieres que me encargue de llamarles o les llamarás tú?

—Llámales —dijo su tía con voz firme, sólo levemente sorprendida por su intento de fingir despreocupación—. El viernes por la noche a las ocho para cenar, y nada de regalos. De todas formas, probablemente Ted no puede permitirse el lujo de hacerme un regalo. Aquello encajaba más con su comportamiento habitual, pero su «Nada de regalos» significaba que se sentiría mortalmente ofendida si no recibía algún obsequio más bien caro y hermoso. Claro que

siempre les quedaba la solución de hacerle un regalo a nombre de los tres... Tía Henry no podría protestar por eso, ¿verdad?

—¿Un regalo para tu tía? —le preguntó Jeanette—. Caray, Tower, pues no se me ocurre ninguna idea.

Tower le había preguntado si le importaría escoger un regalo y lo había hecho sin darle ninguna importancia, tal y como le había pedido un centenar de pequeños favores desde que la conocía.

—Eso de escoger regalos se te da tan bien... —dijo—. Sally está encantada con aquel corralito de juegos que le compraste a las gemelas.

—Oh, bueno, los bebés son distintos. Sé lo que les gusta. Pero no conozco a tu tía. Me temo que no podré ayudarte, Tower.

Antes nunca se había negado a hacer lo que le pedía, y obedecía hasta la más mínima de sus sugerencias como si fuesen órdenes. La negativa le hizo sentirse desorientado durante unos momentos.

—¿En qué estás trabajando? —le preguntó.

—En ese patio de apartamento del que no querías ocuparte. Y esas dos casitas para la exhibición.

—¿Algún problema?

Jeanette se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que a ti te saldrían mucho mejor que a mí, Tower, pero no quedarán del todo mal.

Cuando se marchó cerró la puerta a su espalda.

Tower tensó las mandíbulas y llamó a Ted, recibiendo la respuesta que se esperaba.

—No puedo creer que te haya pedido que nos invites.

—Bueno, pues lo ha hecho. Ahora basta con que me digas si vendréis o no.

—Hablaré con Sally. Ya sabes que no aguanta a tía Henry, y además está bastante enfadada contigo.

—Oye, esta invitación apenas si tiene nada que ver conmigo. Estaré allí, pero no ha sido idea mía, no es mi cumpleaños y no es mi fiesta. Buscaré algún regalo para dárselo en nombre de los tres..., siempre que te parezca bien, naturalmente, y pasaremos un par de horas comiéndonos lo que haya preparado la señora Shandle. Después podrás olvidarte hasta de que ha ocurrido —La señora Shandle era una mujer carente de edad que llevaba mucho tiempo cocinando para tía Henry—. Sólo quiero pedirte un favor. Convince a Sally para que no saque a relucir el tema de mis relaciones personales.

—Por mí de acuerdo, hermanito. Se lo pediré, pero no puedo prometerte nada. Sally siempre ha tenido unos criterios propios muy firmes. Es una de las cosas que me gustan de ella.

—Haz lo que puedas —dijo Tower—. Por cierto, me ha gustado mucho la nueva decoración de tu despacho.

—¿Qué nueva decoración? —preguntó Ted, pareciendo no saber de qué le hablaba.

El otro teléfono de Tower empezó a sonar, por lo que se limitó a soltar una carcajada y cortó la conexión.

—¿Por qué no le pides a esa ayudante tuya tan agradable que venga a cenar con nosotros? —sugirió tía Henry.

—No me gusta mezclar mi vida social con los negocios, tía. Lo siento. No.

Le había dicho no tan pocas veces que su tía dio la impresión de quedarse atónita y no supo qué responder. No volvió a mencionar el tema, lo cual era rarísimo en ella. La tozudez de tía Henry era legendaria, aunque de vez en cuando tanto Ted como Tower habían usado otros términos para definirla. La noche de la fiesta de cumpleaños el prolongado silencio de tía Henry quedó explicado por fin con la inesperada aparición de Jeanette.

—Tu tía llamó y me invitó a la fiesta —dijo Jeanette—. No tenía nada que hacer, así que decidí venir.

También había traído un regalo, un juego de pañuelos bordados irlandeses que fue muy alabado por tía Henry, aunque no le prestó ninguna atención a los otros regalos.

—Qué considerada —dijo con una sonrisa radiante—. Auténtico lino irlandés... Creo que no he tenido un pañuelo de lino desde..., oh, no sé, los quince o los dieciséis años. Qué regalo tan hermoso.

Bebieron una copa de jerez en una atmósfera de falsa sociabilidad y pasaron al comedor. Normalmente Tower disfrutaba mucho con la excelente cocina de la señora Shandle, pero aquella noche la carne le pareció seca y carente de sabor, como si fuese cartón. El pastel de cumpleaños, adornado con muy pocas velas en una nueva muestra de tacto, tampoco sabía a nada.

Tomaron café y coñac en la sala. Sally estaba sentada sin decir nada junto al fuego del que habrían podido prescindir, volviendo a llenarse la copa de vez en cuando. Ted estaba junto a los estantes que había debajo de la ventana, anunciando en voz alta los títulos de los libros que recordaba haber leído durante su infancia. Jeanette se había quedado en el asiento del alféizar, recordando algunos de sus títulos favoritos. Tower estaba sentado ante la mesita del rincón, tamborileando con las yemas de los dedos sobre la pulida superficie de caoba. Tía Henry no tardó en excusarse.

—Ha sido una velada tan emocionante... —dijo con su voz fría y plácida—. Lo he pasado estupendamente. Bueno, jóvenes, podéis quedaros todo el rato que queráis.

Y se marchó dejando a su espalda el más absoluto silencio.

Jeanette se encargó de romperlo.

—Será mejor que me vaya a casa. Por cierto, Tower, mañana llegaré un poco tarde. Tengo que ocuparme de unos asuntos personales.

—Pero los Myerson vendrán a primera hora de la mañana —protestó Tower.

—Ya lo sé, pero no me necesitas. Estoy seguro de que querrán tratar

directamente contigo, no con una ayudante.

Le dio la mano a Ted, intercambió un beso con Sally y se marchó. El sonido de la puerta principal creó ecos por el pasillo y en la atmósfera de la sala.

—Yo también estoy cansada —bostezó Sally—. Venga, Ted, lleva a la señora a casa.

—¿Señora? ¿Qué señora? No veo ninguna señora.

—Pues claro que la ves. Me refiero a la señora medio borracha que tienes delante.

—Sí, ya me he dado cuenta de que le estabas atizando bastante fuerte al coñac.

—Bueno —dijo Sally con voz pensativa, intentando volver a meter el pie izquierdo en el zapato que se había quitado y que estaba bajo la mesita de café—, había que escoger entre dos males y ése era el más llevadero. Me dijiste que no hablara con Tower, así que me he dedicado a beber.

—Oh, vamos... —Tower intentó reír—. No me extraña que hayas bebido un poco más de la cuenta. Intentabas hacer bajar esa horrible comida. ¡No sé de dónde puede haber sacado aquella carne! Y en cuanto a este café...

—Yo la he encontrado muy buena —dijo Sally—. Tierna y jugosa. Ojalá pudiéramos permitirnos comprar buey de esa calidad para comerlo cada día.

—Sabía a serrín —dijo Tower secamente—. Y al pastel le pasaba lo mismo.

—Estarás incubando algún virus —observó Ted—. Un resfriado, quizá. Cuando estoy resfriado no le encuentro sabor a nada.

—No estoy resfriado —dijo Tower con tozudez—. La carne sabía a serrín.

—Vamos, cariñito —dijo Sally cogiendo a Ted del brazo—. Mañana debemos levantarnos temprano.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —le preguntó Tower—. No hace falta que salgas corriendo para huir de mí.

—Tú y yo no vamos a discutir —dijo Sally mirándole de reojo con la voz ligeramente pastosa a causa del alcohol—. Sigo órdenes del Amo y Señor aquí presente. No debo hablar de Nina contigo. Y, sobre todo, no debo repetirte todas las cosas que Nina me dijo la última vez que la vi, porque el Amo y Señor ha dicho que si quisieras saber lo que piensa irías a verla para que te lo dijese personalmente.

Tower estaba de acuerdo, pero un impulso perverso le impulsó a hablar.

—¿Qué dijo? ¿Y por qué te ha afectado tanto?

—Sally... —dijo Ted en tono de advertencia.

—No —replicó ella—. Me lo ha preguntado. Has oído cómo me lo preguntaba, ¿verdad? Eso quiere decir que le interesa, y por lo tanto puedo decírselo.

—Eso no entraba en el trato.

—Bueno, pues hagamos otro trato —dijo Sally dejándose caer en el sofá—. Nina me dijo que la habías traicionado, Tower Wills. Le dijiste que la amabas y ella creyó que hablabas en serio, y te entregó su vida. Son sus palabras, no las mías.

—Eso no es asunto tuyo —exclamó Tower, incapaz de seguir conteniéndose por más tiempo.

—Cierto. Total y ab-so-lu-ta-men-te cierto. Pero me lo preguntaste, ¿no? Y lo más importante es que Nina cree haber quedado embarazada. Estaba llorando. Me dijo que una tercera parte de las mujeres de su familia mueren durante el parto y, lógicamente, eso la tiene muy asustada. También me dijo que su familia lo sabía todo sobre ti igual que lo saben todo sobre ella, y que su familia está muy preocupada porque... Escucha bien, Tower, porque si tía Hen llega a enterarse le dará un infarto... Me dijo que su familia no aprueba las relaciones con gente que no pertenezca a su círculo.

—Tonterías —dijo Tower sin mucha convicción—. Si hubiera algún grupo de personas donde un tercio de las mujeres mueren al dar a luz su primer bebé, hablarían de ellos en *Discovery* y verías su historia en NOVA con sesenta científicos buscando desesperadamente una cura. Nina siempre estaba inventándose cuentos increíbles y eso es justamente lo que son, cuentos. «A veces las mujeres no llegan a la pubertad hasta que no han cumplido los cuarenta o los cincuenta años.» Me dijo que si la mujer muere el hombre nunca vuelve a contraer matrimonio. «Si los hombres mueren las mujeres pueden volver a contraer matrimonio.» «Algunos de nuestros hombres viven centenares de años.» ¿Qué opinas de eso? ¿Qué te parece como disparate? Es una histérica que vive en un mundo de sueños. Sufre de esquizofrenia. Hice bien rompiendo con ella. ¿Puedes imaginarte lo que sería vivir con una mujer semejante?

—Sí, puedo imaginarme lo que sería para ti el vivir con ella —dijo Sally volviendo a levantarse—. Pero no creo que esté loca. Creo que es..., rara, nada más. Antes la gente creía en diablos y brujas, y hasta las personas instruidas estaban convencidas de su existencia. No estoy intentando afirmar que estuvieran locos. Sencillamente, se les educó para que creyeran en esas cosas. En Oriente hay personas que creen en los demonios porque eso forma parte de su religión. Puede que Nina sea supersticiosa, o demasiado ingenua, o que crea en mitos; pero tú ya sabías todo eso cuando la camelaste, Tower, amigo mío, y no intentes decirme que no ocurrió así porque tu reputación de mujeriego es virtualmente legendaria. Al menos tu asombrado hermano considera que es legendaria, entendámonos... Yo creo que no eres ninguna leyenda, sino un mal bicho. Seduces y después te libras de la chica. ¿Cómo lo llamó Nina? Cortar y quemar. Es lo mismo que le hiciste a Ted, aunque Ted es tan bueno que jamás te lo ha reprochado y no te guarda rencor por ello. Se lo estás

haciendo a Jeanette. Se lo hiciste a Nina y se lo has hecho a un montón de mujeres, aunque a la mayoría de ellas no les importó demasiado. Escucha bien mis palabras, Tower Wills: estás construyendo un auténtico vacío a tu alrededor. La naturaleza aborrece el vacío, y si expulsas de tu entorno a todas las personas buenas algo malo acabará acudiendo para llenar ese vacío. He visto cómo les ocurría a otras personas antes, y eso es todo cuanto tengo que decir sobre el asunto.

—Muchísimas gracias —gruñó Tower.

—Vamos, vamos, no te lo tomes así —dijo Sally dándole una palmadita en la mejilla con tal calma que logró irritarle todavía más— Si tuviera que vivir con tía Hen yo también tendría un pésimo temperamento y carecería de toda ética sexual.

Se inclinó hacia adelante, le abrazó, cogió a Ted de la mano y salió de la habitación con paso ligeramente tambaleante, riéndose entre dientes.

Allí había algo raro. Algo que faltaba. No tenía ni idea de qué podía ser. Algo en aquellas últimas palabras... Algo relacionado con Sally, algo que no... Tragó una honda bocanada de aire. No había captado el olor de Sally. Nada. No había oído nada. Olisqueó la atmósfera intentando captar algún olor. No podía oler nada. Ted tenía razón. Estaba incubando algún virus extraño.

Tower fotografió el promontorio rocoso e hizo los arreglos necesarios para el traslado. Empezó a pedir material sacando fondos de la cuenta que el administrador de Gray había abierto a su nombre. Hizo diez esbozos de varios posibles jardines contemplados desde el centro hasta conseguir uno del que se sintió satisfecho. Como primer paso, el círculo situado en el centro de la arboleda fue rodeado con una sólida valla de madera oscura que tendría unos tres metros y medio de altura, y a su alrededor hizo plantar una espesa hilera de cipreses. La masa resultante creaba unos problemas de diseño bastante considerables. La mejor solución parecía ser plantar grupos de árboles de distintos tamaños y alturas alrededor del núcleo central, camuflando la masa oscura del seto y la valla con su presencia. Ahora el espacio central sólo era accesible a través de una gran puerta protegida con un sólido candado que Tower nunca veía abierto.

—¿Qué guarda ahí dentro? —le preguntó a Sombrero Maltrecho.

—Una bomba para desaguar la charca —gruñó el hombre—. ¿Qué guardaría usted?

Estaba claro que Sombrero Maltrecho no le daría ninguna respuesta más satisfactoria. Tower decidió olvidarse de su curiosidad. Estaba muy ocupado y no podía perder el tiempo en juegos.

Su decisión de que Jeanette no participara en el proyecto le privaba

de su ayuda, y los detalles parecían requerir horas y más horas. Empezó a recibir cartas de suministradores que describían plantas, ofrecían árboles e intentaban venderle arbustos. La mayoría iban acompañadas con fotos tomadas en África, Australia o el Lejano Oriente. Se encontró atrapado en un torbellino de llamadas telefónicas y papeleo, pero se las arregló para encontrar un rato libre y visitar la consulta de un médico para hablarle sobre su problema con el olfato y el paladar. A veces creía captar un sabor o un olor tan leves que parecían una sensación recordada, pero enseguida se le escapaban, mostrándose tan huidizos como un sueño. El médico le examinó sin encontrar ningún problema serio y le habló de tomografías cerebrales y posibles tumores. Tower sometió su cráneo al diagnóstico de la última maravilla electrónica. La máquina creó unas cuantas imágenes enigmáticas de su cabeza, pero el médico se limitó a fruncir el ceño, consultó con algunos colegas suyos y acabó confesando que no tenía ni la más mínima idea de cuál podía ser la causa de su trastorno.

—No hemos logrado encontrar nada —dijo—. No habrá abusado de algún inhalador químico, ¿verdad? ¿Toma alguna droga de la que no nos haya hablado? Normalmente esta clase de trastorno suele indicar un problema neurológico, pero...

—Estás perdiendo peso —dijo tía Henry.

—Cuando no hay nada que te sepa bien no comes demasiado —respondió Tower secamente.

Era cierto. Todo sabía a serrín y le dejaba un regusto a muerto en la boca.

Decidió ver a Nina; no porque Sally hubiera insistido tanto en que debía verla, sino porque soñaba continuamente con ella. Tenía sueños larguísimos y carentes de toda lógica en los que Nina intentaba decirle algo, pero Tower no podía oírla. Pensó que si la veía aquello quizá sirviese para poner fin a los sueños. Podría escuchar de sus labios lo que le había dicho a Sally.

Fue al Edificio de Lenguas Modernas el miércoles por la mañana, sabiendo que Nina tenía una clase de italiano a las diez. Nina no estaba entre los estudiantes que salieron del aula al final de la clase. Tower detuvo a una chica con cara de empollona y le preguntó si Ilanina Gyulas asistía a esa clase.

—¿Nina Gyulas? Oh, sí, estaba matriculada, pero empezó a sentirse mal y acabó poniéndosele una cara realmente terrible. Algunas hasta llegamos a creer que quizá tuviese cáncer o algo por el estilo. Dejó de asistir a las clases hace..., creo que fue la semana pasada. No, hace dos semanas. ¿Es usted amigo suyo?

Tower asintió, preguntándose qué haría a continuación.

—Bueno, pues a juzgar por su aspecto no le iría nada mal que alguien

le echase una mano. ¿Por qué no pregunta en el edificio de administración? Puede que tengan su dirección.

El edificio de administración no tenía ninguna dirección disponible, sólo el número de un apartado de correos.

—Puede mandarle una carta a ese apartado —dijo la matrona que le atendió y que, aparentemente, no tenía muchas ganas de ayudarle—. Aquí dice que ha dejado de asistir temporalmente al curso por razones de salud.

Mandarle una carta... ¿Qué podía decirle? «Querida Nina, he oído comentar que estás enferma y lo lamento mucho.» «Querida Nina, Sally me ha dicho que estás embarazada...» «Querida Nina, ¿qué te hace pensar que el bebé es mío?» «Querida Nina, te envío la dirección de una clínica excelente especializada en abortos y si necesitas dinero yo te lo proporcionaré.»

«Querida Nina, te amo. Vuelve conmigo.»

Ninguna de esas posibles cartas le parecía sincera o adecuada a las circunstancias, y al final decidió que no le escribiría.

Había quedado con Ted en el banco para una reunión con los apoderados. Cuando hubieron terminado Ted le invitó a comer y, por su expresión, daba la impresión de que deseaba pedirle disculpas por lo ocurrido después de la fiesta de cumpleaños. A Tower no se le ocurrió ninguna forma de rechazar su invitación sin mostrarse grosero o parecer desconsiderado.

—Ya sé que no quieres hablar de tu ex novia, pero... ¿Recuerdas esa cosa tan rara que dijo Nina sobre las madres que morían de parto? —le preguntó Ted—. Bueno, estoy asistiendo a un cursillo sobre las dinámicas de población en los grupos de presas y depredadores, y oí algo que me hizo pensar en eso. Es una materia realmente fascinante, ¿sabes? Verás, el caso es que dentro del contexto de ese cursillo la situación de la que te habló Nina podría llegar a tener cierto sentido. Si tienes una población que debe estar sometida a un control muy estricto, una forma de conseguirlo sería que una tercera parte de las hembras muriera a causa de su primer embarazo, una tercera parte a causa del segundo y otra tercera parte a causa del tercero...

—¿De qué diablos estás hablando? —gruñó Tower.

El informe sobre la situación financiera del fondo no le había puesto de muy buen humor. Tía Hen no había sido todo lo cuidadosa que debería al aprobar ciertas inversiones.

Ted siguió hablando sin perder la calma.

—Lo que dijo Nina, eso de que un tercio de las mujeres de su familia mueren cuando dan a luz su primer bebé... Estaba pensando que desde un punto de vista estrictamente ambiental, eso podría tener sentido porque proporcionaría una población rigurosamente controlada. Puede que esa tercera parte de madres muertas se dé en alguna población de animales o pájaros típica de su tierra. Ella podría haber oído ese dato y haberlo aplicado a su propia familia, o alguien

podría haberle asegurado que era cierto y ella habérselo creído. ¿De dónde es?

—De algún lugar de Europa. Apenas si me hablaba de su pueblo natal. Creo que tenía un nombre bastante raro, una especie de blasfemia o palabra malsonante...

—¿Una palabra malsonante?

Ted se rió.

—No consigo acordarme, sólo recuerdo que cuando oí el nombre me pareció que era un taco. Pero han vivido por todo el mundo. Nina pasó una temporada en Brasil.

—Bueno, si la consideras a la luz de la dinámica poblacional esa historia suya es muy interesante. Que las hembras murieran de parto mantendría el índice reproductivo a un promedio de dos jóvenes por pareja, con lo que los nacimientos serían una mera sustitución de las muertes. Ni más ni menos, ¿comprendes?

—Ted, puedo creerme eso si hablas de lemmings o de rinocerontes. Daba la casualidad de que Nina hablaba de personas.

—Ya lo sé —dijo Ted con expresión pensativa—. Aplicado a personas la verdad es que no tiene ni el más mínimo sentido... A menos que hubiera alguna otra razón. No he tenido tiempo de pensar mucho en eso. Hasta el resto tiene cierto sentido.

—¿El resto de qué?

—Eso de que si el esposo moría la mujer volvía a contraer matrimonio. No le quedaría más remedio que hacerlo, porque necesitaría completar su cuota reproductiva para mantener estable la población.

—Pero Nina dijo que si una mujer moría el hombre no volvía a contraer matrimonio. ¿Qué sentido tiene eso?

—No lo sé. —Ted suspiró y deslizó el dedo a lo largo del menú—. Quizá sea algo parecido a lo que ocurre con los gansos. Puede que los hombres se apareen para toda la vida, y si la esposa muere... Bueno, el hombre queda condenado a la soledad.

—No comes —dijo tía Henry.

Tower había estado jugueteando con la guarnición de su plato. La cena consistía en pavo, guarnición y el puré especial de la señora Shandle, y nada de todo aquello tenía ni el más mínimo sabor.

—Tower, tienes que intentar comer algo aunque no puedas sentir su sabor. Necesitas alimentarte.

La voz de tía Hen sonó extrañamente vacilante e indecisa, como si no supiera si debía reñirle o dejarle en paz.

Jeanette entró en su despacho.

—Tower, he recibido una oferta de los jardines infantiles Schmidt.

Van a abrir un nuevo departamento de diseño y les gustaría que me pusiera al frente de él.

Empezó a jugar con los lápices esparcidos sobre el escritorio de Tower, esquivando su mirada.

—Ted trabajó para Schmidt. ¿Ha sido cosa suya? ¿Te ofrecen más dinero? —le preguntó por fin y las palabras salieron ásperamente de su garganta agarrotada por la ira—. ¿Es eso?

—Ni tan siquiera he hablado con Ted —replicó Jeanette—. Pensé en hablar con él para averiguar qué quieren exactamente los de Schmidt pero, francamente, es tu hermano y pensé que no sería correcto. No, el señor Schmidt me llamó para preguntarme si me interesaba el puesto. Y, no, no me ofrecen más dinero del que gano ahora.

—Entonces, ¿por qué...?

Jeanette juntó las manos delante de su cuerpo y tensó los músculos de la mandíbula.

—La razón de que haya tomado en consideración su oferta es que ya no me incluyes en tus proyectos tal y como solías hacer antes. Ya no aceptas ninguna de mis ideas o sugerencias. Siento como si me hubieras rebajado de categoría, y quiero ser algo más que una ayudante. Además, estás invirtiendo todo tu tiempo en un trabajo que no me inspira ni la más mínima simpatía y, si he de ser sincera, durante los últimos tiempos trabajar aquí no ha sido muy divertido.

Jeanette articuló aquellas palabras muy cuidadosamente y no les dio ningún énfasis especial. Se lo soltó todo de un tirón, y estaba claro que había planeado de antemano lo que iba a decirle.

—Bueno —dijo Tower pasados unos instantes—. Tú estás a cargo del talonario de cheques, ¿no? Hazte tu propio cheque de finiquito.

—¿Eso es todo? —Los párpados de Jeanette estaban medio cerrados, como si se encontrara al borde del llanto—. Hemos trabajado juntos durante casi cinco años, y lo único que se te ocurre decirme es que me haga un cheque de finiquito...

—¿Qué otra cosa puedo decirte? Has venido a decirme que te marchas, ¿no?

—No había dicho eso —suspiró Jeanette, limpiándose los ojos con un pañuelito de papel bastante arrugado—. Al menos, aún no lo había dicho... Ahora sí lo voy a decir. Tower, por favor, acepta mi dimisión con efectos para el primer día de la semana que viene. Creo que con lo que falta de semana podré ponerme al día y terminar todo el trabajo que tengo pendiente.

Tower no la vio salir. No oyó cerrarse la puerta.

«Querida Nina:

»Sally me ha dicho que no te encuentras bien. Fui a la universidad para verte y me dijeron que habías dejado de asistir a las clases por

razones de salud. Nina, nunca tuve intención de que no volviéramos a vernos nunca. Siento que no lo comprendieras. Por favor, escribe enviándome tu dirección para que pueda volver a verte, aunque sólo sea para despedirme.

»Tuyo, como siempre,
»Tower.»

«Querido Tower:

»Te comprendí muy bien. Te expliqué cómo es nuestro pueblo pero, sencillamente, tú no quisiste creerme cuando te hablé de ello. Entre nosotros cuando un hombre dice amar a una mujer está hablando de toda la vida. Te lo expliqué una y otra vez antes de que hiciéramos el amor. Tú dijiste que sí, que lo comprendías y que estabas de acuerdo. Siempre te reías y decías que lo comprendías y que estabas de acuerdo. ¡Hasta me llevaste a conocer a tu familia! Cuando un hombre de nuestro pueblo habla de amor sabe que está pidiendo una vida. Sabe que la mujer puede morir, quizá pronto, quizá un poco más tarde. Obra así por el bien de los niños y para que nuestro pueblo pueda seguir existiendo. Es nuestra forma de ser. Yo fui sincera contigo, Tower, pero tú no me prestaste atención. Me mentiste.

»No necesito despedirme de ti. Nuestra gente no dice "Adiós". No decimos "Que te vaya bien, hasta la vista". Nuestras separaciones son para siempre. No son adioses ni despedidas hasta que volvamos a vernos.

»No te envío ninguna dirección. Estoy con los míos y ellos dicen que ahora no hay ninguna razón para que vuelva a verte.

»Ilanina.»

Tower se pasó el otoño absorto en el jardín para Gray. Plantó todo lo que podía plantarse en esa estación, lo cual le exigió contratar un equipo de trabajadores a los que debía vigilar continuamente para asegurarse de que lucían las cosas de la forma adecuada. Instaló un sistema de riego por goteo para las plantas, y una cascada minúscula que nacía al comienzo de un nivel e iba bajando hasta la charca y el arroyo para pasar a otro nivel del terreno y volver al arroyo hasta terminar deslizándose por debajo de la valla para ser bombeada de nuevo hacia arriba y reiniciar su trayecto. Sombrero Maltrecho se encargó de instalar la bomba. Tower seguía sin poder ver qué hacía el señor Gray detrás de la valla. Fuera lo que fuese, estaba claro que sus planes todavía no incluían el drenar la charca.

El jardín de rocas ocuparía todo el cuadrante norte del círculo. El cuadrante sur estaría lleno de árboles y matorrales instalados sobre vigas de varias alturas que crearían la sensación de un paisaje que

iba alejándose. El cuadrante oeste sería un jardín del desierto, y la charca y la parte cenagosa ocupaban la parte este del círculo. El conjunto estaba comunicado por una red de senderos escalonados con asientos dispersos aquí y allá. A finales de octubre aún faltaba mucho por hacer, pero ya se podía ver cómo iban emergiendo las formas y era posible captar el contraste entre dureza y blandura, línea y curva, masa contra masa.

De vez en cuando Tower se preguntaba qué haría cuando hubiese terminado aquel encargo. No había tenido tiempo de aceptar ningún otro trabajo. Sin Jeanette no había nadie que pudiera ocuparse de aquello que él no podía manejar personalmente. No paraba de repetirse que debía contratar a otra persona, pero las semanas pasaban muy deprisa y Tower seguía sin tener tiempo de buscar a esa otra persona.

De noche se derrumbaba sobre la cama sintiéndose exhausto. Los fines de semana pasaban sin que visitara los lugares que antes había solido frecuentar. Estaba tan cansado que no tenía ganas de buscar compañía femenina. Iba al trabajo y volvía a casa sumido en una especie de sopor, y se pasaba más de la mitad del día en la residencia Gray.

Una tarde del mes de octubre volvía a casa cuando el irritado sonido de unos bocinazos le hizo salir de su aturdimiento. Alzó la vista hacia el semáforo, pensando que podía haber cambiado, y descubrió que no funcionaba. Los coches estaban maniobrando para dejarle atrás. Tower atravesó el cruce y detuvo su coche. Estaba temblando.

—¿Qué te pasa, idiota? ¿No ves el verde o qué? —le gritó un conductor que se había quedado bloqueado detrás de su coche—. ¡Por el amor de Dios, abre los ojos!

Tower volvió al cruce y clavó los ojos en el semáforo. Vio una luz casi imperceptible y después un leve resplandor ambarino tan distante como una hoguera en el horizonte. Después hubo unos segundos durante los que no pudo ver nada. Luego, otra vez el resplandor ambarino.

—Disculpe —dijo una amable voz femenina—. ¿Necesita ayuda?

Tower se volvió curvando los labios en el nacimiento de un gruñido.

—Oh —dijo la mujer retrocediendo un par de pasos—. Lo siento. Estaba mirando el semáforo de tal forma que.. Pensé que quizá sus ojos... Que usted... Pensé que no podía ver.

Y se alejó casi corriendo.

Tower esperó a que el semáforo completara otro ciclo. Luz casi imperceptible. Ámbar. Nada. Los coches y los camiones avanzaban con la nada y se detenían con la débil luz color vino.

Una pareja que estaba dando un paseo se detuvo junto a él.

—Disculpen —dijo Tower, y su voz temblaba a punto de convertirse

en un alarido—. Tengo..., eh..., tengo problemas con mis ojos. ¿Hay un ciclo de verde en este semáforo?

—Cruce con nosotros —dijo el hombre sonriendo—. Le avisaremos cuando se ponga verde.

Un instante después se pusieron en movimiento, haciéndole una señal para que les siguiera.

Tower clavó los ojos en el semáforo. Nada. Ni la más mínima huella de color. Se dio la vuelta y corrió hacia el coche, condujo lentamente a lo largo de la manzana hasta encontrar el inicio de un camino secundario y fue siguiendo sus curvas durante seis kilómetros de trayecto extra hasta llegar a casa.

Abrió uno de los cajones de su cómoda y buscó su camisa verde favorita. Ya no era verde. Había perdido el color. Su corbata roja se había vuelto de un color vino tan oscuro que casi parecía negra. Sus camisas azules seguían siendo azules, pero el color daba la impresión de estar envuelto en niebla, como si lo estuviese viendo desde una gran distancia.

La moqueta púrpura del pasillo se había vuelto negra. Las margaritas del sendero de atrás eran de un color bronce oscuro. Apenas si podía distinguir los colores. El mundo se había convertido en una foto sepia, una imagen borrosa congelada en el tiempo. Tower descubrió que estaba subiendo y bajando mecánicamente los peldaños y que vagaba por los pasillos con la boca seca, sintiendo un deseo histérico de gritar, llorar o reír. Pero en vez de ceder a ese deseo lo que hizo fue seguir caminando con el paso tambaleante de un borracho. ¿Un jardinero paisajista que no podía distinguir el verde del gris? ¿Un especialista en horticultura que no podía identificar a las flores por su color?

—¿Tower? ¡Tower!

Alzó los ojos y vio el rostro de tía Henry. Su tía estaba mirándole fijamente con una expresión entre pensativa y preocupada.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué estás haciendo?

—El color —dijo Tower con la voz convertida en un susurro rechinante—. No puedo distinguir los colores.

—No tenías por qué venir a visitarme. —Tower se irguió un poco más en la cama del hospital—. Me paso todo el tiempo sentado aquí y de momento solo me hacen pruebas y más pruebas, así que me siento bastante ridículo.

Estaba muy serio. No quería recibir visitas, y lo había especificado con toda claridad. Tenía la sensación de estar viviendo dentro de una vieja película en blanco y negro, y necesitaba tiempo para acostumbrarse a ello.

—Bueno, probablemente necesitabas un descanso —dijo Sally sin reaccionar al tono adusto de voz. Estaba decidida a ser agradable—.

Tanto Ted como yo pensábamos que últimamente dabas la impresión de estar muy cansado.

—¿Qué han averiguado? —le preguntó Ted—. ¿Todavía no han obtenido ningún resultado concluyente?

Tower meneó la cabeza. No tenía ganas de responder preguntas.

—Nada. No hay ningún tumor, no han podido encontrar ningún daño neurológico... Han empezado a decirme que debería volver a trabajar, que si lo necesito siempre puedo contratar a alguien para que identifique los colores por mí...

Se quedó callado. Estaba pensando en Jeanette.

—Jeanette dejó su nuevo trabajo —dijo Ted como si hubiera leído lo que pasaba por la mente de Tower—. Me llamó hace un par de semanas para decirme que se trasladaba a la costa. Tiene una hija y una nieta que viven allí, y dijo que quería estar más cerca de ellas. Nunca tendría que haberte dejado. Cuando empezasteis con el negocio parecía muy feliz.

Tower meneó la cabeza, pero no dijo nada. Jeanette se había marchado porque Tower quería controlar su negocio, cosa a la que tenía todo el derecho del mundo. No quería socios ni colaboradores. No estaba arrepentido. Las palabras de Ted fueron seguidas por un silencio cargado de acusaciones. Tower acabó hablando, más para romper el silencio que porque deseara explicarle a Sally lo que había hecho.

—Le mandé una carta a Nina, ¿sabes?

—¿De veras? Tower, eso es maravilloso...

—Contestó diciendo que no quería volver a verme.

—Oh —La animación se esfumó de su rostro—. Bueno... Supongo que eso es el final de vuestra relación, ¿no? —Movié los dedos y miró hacia la ventana—. ¿Por qué no habláis a solas durante un rato? Tengo que pasar por la tienda de regalos.

Salió de la habitación bastante deprisa, con los ojos repletos de lágrimas que pugnaban por hallar salida.

—Ya sé que Sal se metió en tu vida privada —admitió Ted—. Ni tan siquiera yo comprendo muy bien la relación que había entre ella y Nina, pero Sally la apreciaba mucho. No sé qué era... Quizá fuese una especie de empatía inmediata que surgió entre las dos. Quizá era porque Nina adoraba a las mellizas. Los bebés la volvían loca. Les mandaba regalitos, preguntaba por ellas cada vez que llamaba...

—No lo sabía.

—Nunca llegaron a conocerse muy bien, pero Sally la consideraba una amiga.

—Qué extraño —murmuró Tower—. Tanto por parte de la una como de la otra.

Ted puso cara de irritación y acabó decidiendo que sería mejor no discutir por eso.

—Sí, puede que Nina fuese algo rara. ¿Recuerdas lo que te dije el

otro día? Eso de que en una población totalmente estable la muerte de las madres tendría sentido... Tú dijiste que eso estaba muy bien para los lemmings, pero no para las personas.

—Ted, ya te he dicho más de una vez que Nina siempre estaba hablando de cosas muy raras.

—He estado pensando en ello. Sí que tiene sentido, Tower. Bueno, un poco...

Tower suspiró en silencio. Parecía condenado a pasar el resto de su existencia oyendo hablar de Nina.

—Tiene sentido si eres un depredador —dijo Ted.

—¿Si qué?

—Que tiene sentido si eres un depredador. Escucha, lo he estudiado todo en ese cursillo al que asisto. Cada depredador necesita una población bastante numerosa de herbívoros que le mantenga, y si quieres triunfar como depredador necesitas herbívoros que tengan un temperamento muy pacífico.

—Para que puedas saltar sobre ellos cuando están almorzando —dijo Tower intentando tomarse a broma todo aquello.

—No, escúchame. Si hay demasiados depredadores los herbívoros son atacados cada cinco minutos, y acabarán volviéndose tan desconfiados que será muy difícil matarlos. Las poblaciones de depredadores no pueden ser demasiado numerosas, o de lo contrario los herbívoros se ponen nerviosos.

—¿Y qué tiene que ver eso con Ilanina Gyulas?

—Ya sé que no es demasiado corriente, pero puede que su familia tenga un historial de comportamiento depredatorio con otros grupos de personas. Hay ciertas tribus o grupos que exhiben esa clase de comportamiento, ¿no? Los gitanos, por ejemplo...

—¿Y no crees que ella me lo hubiera dicho?

—No tienen por qué ser gitanos. Hay otros grupos... Los vendedores de pócimas milagrosas, los timadores, los carteristas... ¿Comprendes a qué me refiero? He leído estudios sobre generaciones enteras de ciertas familias que llevaban esa clase de vida.

—No veo adonde quieres ir a parar, Ted.

—No me estás escuchando, Tower. Mira, a todo el mundo le atracan o le roban la cartera de vez en cuando..., digamos que una vez cada tres o cuatro años, y mientras sólo ocurra una vez cada tres o cuatro años pasamos los períodos intermedios viviendo tranquilos sin pensar en eso. Oh, sí, claro, cuando ocurre nos enfadamos, pero el resto del tiempo lo olvidamos. Supón que nos ocurriera una semana sí y otra no.

Contempló a Tower con expresión anhelante.

—¿He de suponer que me roban la cartera una semana sí y otra no?

—Eso es.

—Me cabrearía muchísimo.

—Sí. Y te las arreglarías para tomar alguna clase de represalias

contra los carteristas. Te pondrías ratoneras en el bolsillo, aprenderías a cogerle por la mano en cuanto intentara robarte o dejarías de llevar dinero encima.

—¿Qué intentas decirme, Ted?

—Te estoy diciendo que al igual que ocurre con los depredadores animales, los depredadores humanos tienen que mantener razonablemente tranquila a la población de la que viven. Necesitan cobrarse una víctima de vez en cuando, pero no pueden hacerlo con demasiada frecuencia porque si lo hiciesen la población de humanos herbívoros se rebelaría y tomaría represalias contra los depredadores. Estás de acuerdo en eso, ¿no? Bien, la población de depredadores debe mantenerse razonablemente baja porque es la única forma de conseguir que la población de herbívoros no se ponga nerviosa. ¿Tengo razón o no?

—No veo en qué se relaciona todo eso con Nina.

—Encaja bastante bien con lo que Sally averiguó de su gente. No aprueban los matrimonios mixtos. Llevan una existencia apartada y no se relacionan con los demás. Van de un lado para otro, con lo que el número de individuos de su pueblo presente en un momento dado siempre es bastante reducido, y forman familias pequeñas compuestas por un promedio de dos miembros. Es justo lo que podría esperarse en una cultura de depredadores.

—No estarás intentando convencerme de que un tercio de sus mujeres mueren durante el parto, ¿verdad?

—No. Bueno, la verdad es que no lo sé... Lo que te estoy diciendo es que si mantener la población de depredadores congelada en un número reducido y estable fuese realmente importante, ésa es una de las formas en que podría conseguirse. Podría ser un mecanismo de supervivencia para evitar el que llegara a haber los depredadores suficientes para poner nerviosa a la población que les alimenta. Si los gitanos no quieren ser barridos del mapa, necesitan asegurarse de que su número no aumenta demasiado.

—No creo que Nina fuese gitana.

—Yo tampoco lo creo, Tower —dijo Ted—. Estaba poniéndote un ejemplo, nada más.

—Bueno, entonces... ¿Qué era?

—No lo sé. Tú la conocías mucho mejor que yo, por el amor de Dios. ¿Es que nunca se lo preguntaste?

Tower intentó recordarlo.

—Era europea. Es lo único que llegó a decirme. Eso y que había nacido en un pueblo cuyo nombre parecía un taco.

—¿En qué país de Europa?

—No lo sé. Creo que nunca me lo dijo.

—Si el nombre de ese pueblo se parecía a un taco o una palabra fea tendrías que poder encontrarlo en el índice de un atlas o en algún sitio parecido... Busca palabras que parezcan tacos.

—Sí, supongo que podría encontrarlo —murmuró Tower, sintiéndose repentinamente muy harto de todo aquello—. Pero ahora ya no importa mucho, ¿verdad? Así que Nina pertenece a una familia de depredadores, una especie de gitanos...

—¿Cómo la conociste?

Tower bostezó.

—En un concierto. Estaba sentada a mi lado. Yo iba con Soph Kimball, y durante el intermedio Soph se marchó con un viejo amigo suyo, así que me puse a hablar con ella.

Cerró los ojos. Podía recordar con toda claridad el rostro de Nina. Estaba tan seria, tan pendiente de todo lo que la rodeaba... Como si jamás hubiese asistido a un concierto, como si todo lo que había en el mundo fuese una experiencia nueva para ella.

—Tower —dijo Ted—. ¿Tower?

Tower no respondió. Estaba demasiado cansado. Lo único que deseaba era dormir.

Tower volvió a casa dos semanas después equipado con botellitas de esto y frasquitos de aquello, vitaminas, tónicos y antidepresivos recetados por el médico basándose en la teoría de que Tower padecía un trastorno de los neurotransmisores sobre el que los antidepresivos quizá pudieran surtir un efecto benéfico.

—Te eché de menos en Navidad y Año Nuevo —dijo tía Henry con voz acusatoria, como si Tower hubiera decidido ingresar en el hospital sólo para fastidiarle las fiestas.

—Ni tan siquiera me enteré de que era Navidad —replicó Tower intentando mantener los ojos abiertos.

Los antidepresivos actuaban como píldoras para dormir. Tower tenía que luchar continuamente contra el sopor.

—¿Quieres que le haga preparar algo a la cocinera? ¿Un zumo de frutas? ¿Un poco de sopa?

—Tía Henry, he perdido el paladar. No noto los sabores, así que no me apetece tomar nada. Comeré algo cuando tenga hambre, pero me dará igual lo que sea.

—Bueno, pues entonces descansa.

—Descansar... —gruñó Tower—. Es justo lo que he estado haciendo. Tengo que terminar un trabajo. El contrato especifica la fecha en que debe estar terminado, y no puedo permitirme el lujo de no cobrar ese dinero.

—Supongo que con todo lo que llevas hecho ya habrás cobrado algo, ¿no?

—Ni un centavo. Todos los dólares que he gastado hasta ahora han sido invertidos en material o en pagar a los trabajadores. No obtendré beneficios hasta que el trabajo esté terminado. Lo dice bien claro en el contrato.

Tía Henry se quedó inmóvil y muy erguida en su asiento, contemplándole con una extraña fijeza. Aquella actitud no era nada propia de ella. Cuando se miró al espejo Tower creyó entender el porqué actuaba así. Era como si estuviera viendo el rostro de un maniquí o de algo fabricado por la mano del hombre. Apenas daba la impresión de estar vivo.

—¿Ha estado enfermo? —le preguntó el señor Gray.

Tower asintió. Explicarle lo ocurrido requeriría un esfuerzo excesivo. El aire frío le mordía los pulmones, y se preguntó qué había hecho salir al inválido de su casa en aquel gélido y desapacible día de febrero.

—¿Conseguirá terminar el trabajo a tiempo?

—Oh, sí —murmuró Tower—. Acabaré dentro del plazo. Empezaremos a plantar el material restante a mediados de abril. Uno de sus contactos me ofreció algunos árboles muy interesantes y he alterado los diseños para poder incluirlos. La mayor parte del trabajo básico ya está hecho...

—Me alegro mucho —dijo el hombre de la silla de ruedas, contemplando a Tower desde el otro lado de los cristales oscuros que ocultaban sus ojos—. Tiene muy mal aspecto, señor Wills. ¿Cuál ha sido el problema?

—Un trastorno neurológico —respondió Tower. No tenía ni la más mínima intención de revelarle a su único cliente que había perdido el olfato y el paladar, por no hablar de su incapacidad para distinguir los colores. Intentó cambiar de tema—. Señor Gray, ¿qué ha estado haciendo con el espacio central?

El inválido se encogió de hombros con el rostro tan inexpresivo como siempre.

—Es una sorpresa. Ya lo verá.

—¿Está acabado? Sea lo que sea...

—Oh, todavía no. Necesita que le den los últimos toques.

Alzó una mano enguantada en un gesto de adiós y le murmuró algo a su asistente, quien le llevó sendero arriba a través del arco de enebros y por el camino que conducía hasta la casa. Junto a la escalera había una rampa para la silla de ruedas. Tower le siguió con los ojos hasta verle desaparecer dentro de la casa.

Las cortinas del piso de arriba temblaron levemente. Tower las contempló sin un átomo de curiosidad. Ya no deseaba averiguar quién era la persona que le observaba casi cada vez que visitaba aquel lugar. Estaba claro que debía de ser alguien con muy pocas diversiones, alguien que prefería espiar lo que hacían las visitas a sentarse delante del televisor.

El invierno llegó acompañado por el frío y la nieve, trayendo consigo días de viento y cielos encapotados. Tower iba al despacho cada día

para alejarse de tía Hen, pero no disponía de las energías necesarias para buscar nuevos trabajos. Se pasaba el tiempo leyendo catálogos y haciendo esbozos en trozos de papel. Podría sacar fotos del jardín de Gray en mayo o a comienzos de junio, y la propaganda podía estar lista un poco antes. Escribió unas cuantas cartas y las mandó a las revistas de arquitectura, preguntando si les interesaría un artículo, y las acompañó con fotos que había tomado el otoño pasado.

Su peso se había estabilizado. Comía cuando tenía hambre. Los lápices y papeles de su oficina estaban etiquetados según un código de colores. Sally insistió en visitarle para ocuparse de ello. Ya no hablaba de Nina, aunque Ted seguía obsesionado por aquel tema. Estaba seguro de que las extrañas historias de Nina se basaban en algún núcleo de realidad. Tower se descubrió examinando la sección de nacimientos de los periódicos. Si Nina había quedado embarazada en junio, hacia la etapa final de su relación, el bebé podía nacer en marzo. Marzo y abril pasaron sin que tuviera noticias de ella, aunque eso no significaba nada. *Podía* haberse marchado a otra ciudad, podía haber cambiado de nombre... Tower había roto con ella en junio. El bebé no podía nacer con posterioridad a marzo o abril. Se preguntó qué nombre le pondría. ¿Sería niño o niña? Nina le educaría según las creencias e ideales de su cultura, naturalmente...

Un hijo. La tercera generación de la familia Wills. Un hijo que podría llegar a ser un gran horticultor, como Michael Wills.

—¿Por qué no sales y te diviertes un poco? —le preguntó tía Henry—. ¡Llevas meses enteros sin salir! Antes siempre andabas con alguna chica, Tower.

Le habló en un tono de voz frío y neutro que no iba acompañado por su matiz burlón de costumbre. Aun así, había algo extraño en su expresión.

Tower se dispuso a replicar con alguna frase similar a las que había usado cuando le insistía en que comiese. «Comeré cuando tenga hambre», le había dicho entonces.

—Ya buscaré alguna chica cuando me apetezca... —empezó a decir, y se quedó callado de repente, boquiabierto, siendo consciente de un hecho que se le había pasado por alto hasta entonces.

Llevaba meses enteros sin realizar el acto sexual. Había perdido todo deseo relacionado con el sexo, fuera el que fuese. Desde su adolescencia jamás había pasado por una época en la que no se permitiera alguna clase de desahogo sexual cada pocos días, pero ahora habían pasado meses enteros...

Desde que estuvo con Nina.

—Nuestros hombres no vuelven a casarse —le había dicho ella—. No vuelven a casarse...

Quizá porque no podían.

—Pensarás que estoy loco —le dijo a su hermano.

—De acuerdo, pensaré que estás loco. Ponme a prueba. Intentaré ayudarte en lo que pueda.

—¿Crees en las maldiciones? ¿Crees que alguien puede hechizar a otra persona?

—No me preguntes qué creo o qué dejo de creer. Limitate a contarme cuál es el problema.

Tower no sabía cómo explicárselo. Buscó las palabras adecuadas, se ruborizó y decidió empezar por el principio.

—¿Crees que Nina te ha echado una maldición?

—¡Los médicos no han logrado encontrar nada! —exclamó Tower—. He perdido el olfato, no le encuentro sabor a la comida... No puedo distinguir los colores. No siento ni el más mínimo deseo sexual. ¿Por qué? Todo empezó después de romper con Nina.

—Empezó después de que Jeanette te dejara —dijo Ted—. Quizá ha sido cosa de ella.

—Jeanette nunca... —Se ruborizó—. Además, ¿qué podía importarle a ella mi vida sexual? Jeanette...

—Sí, probablemente tienes razón.

—Nina me maldijo. «Maldigo tu mano, Tower Wills.» Eso es lo que dijo... Qué extraño. Poco después me hice un pequeño corte y pensé en ella.

Le enseñó la mano a Ted y se tocó el punto de la palma donde se había hecho aquel arañazo. No había nada visible, sólo una pequeña cicatriz que le atravesaba el centro de la mano.

—Bueno, suponiendo que sea cosa suya lo único que ha conseguido es acortar un poco tu línea de la vida —dijo Ted riéndose.

—¿Mi línea de la vida?

—Quiromancia. Olvídalo, Tow. Me has preguntado si creo en las maldiciones. No, no creo en ellas, y tampoco creo que Nina te haya embrujado. Recuerda que la conocí, y no es la clase de chica capaz de hacer algo semejante. Oh, sí, puede que te dijera «Maldigo tu mano», pero eso tiene todo el sabor de algún refrán de su tierra. Hay una maldición yiddish parecida, «Que crezcas con tu cabeza en el suelo como si fueras una cebolla» o algo así. La madre de Sally siempre dice: «Que tus hijos no te den ni un momento de paz».

—Todo empezó con Nina —dijo Tower con una tozudez casi histérica—. Todo empezó con ella, te lo aseguro.

—Oh, sí, estoy de acuerdo en eso. Pero no creo que haya sido ella. Creo que fuiste tú mismo. Tower, ¿has pensado en la posibilidad de que quizá te hayas maldecido a ti mismo? Ya sabes que existen cosas como la ceguera y la parálisis psicológicas, ¿no? ¿No podría haber también una pérdida del paladar psicológica? ¿Una ceguera al color psicósomática?

Tower sintió unos hilillos de líquido que se deslizaban por su rostro.

—Tengo miedo —dijo, y las palabras salieron de sus labios como si

poseyeran voluntad propia—. Oh, Dios, Ted, tengo muchísimo miedo...

Se encontró llorando en los brazos de su hermano, cosa que no podía recordar haber hecho nunca. Estaba llorando, lamentando la pérdida de los sentidos que le habían sido arrebatados.

—Vamos, vamos... —repetía Ted una y otra vez—. Ya encontraremos una solución, Tower. La encontraremos, te lo prometo.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —le preguntó tía Henry examinando a Tower a través de la parte inferior de sus gafas como si fuera un espécimen colocado bajo el microscopio—. Estamos en mayo. Hace un tiempo soberbio. Creo que Ted tiene razón. Necesitas pasar una temporada en algún lugar tranquilo.

—Cuando haya terminado este trabajo —replicó él—. Cuando el jardín del señor Gray esté terminado.

—¿Cuándo estará listo?

—El mes próximo —dijo Ted—. A mediados del mes próximo... En junio.

—Tendrías que marcharte ahora mismo —dijo ella.

—Dame mi dinero y podré hacerlo. Dámelo, tía Henry.

El rostro de tía Henry se convirtió en una máscara distante e impenetrable. Su labio superior se cubrió con una fina capa de gotitas de sudor. Intentó decir algo y no pudo.

—Preferirías verme muerto, ¿verdad? —le preguntó Tower, sabiendo que ella nunca admitiría la verdad y, pese a ello, sabiendo que ésa era la horrible verdad—. Preferirías verme muerto. Te recuerdo a mi padre, ¿no es así? Estás vengándote de él. Es lo que has hecho siempre. No quieres que muera porque entonces todo habría terminado, pero prefieres verme muerto a que consiga librarme de ti...

Tía Henry se dio la vuelta y se marchó. Tower sintió que la habitación oscilaba y giraba velozmente a su alrededor. Todo lo que había dicho era cierto, pero de ellos dos sólo Ted había tenido el sentido común suficiente para escapar a tiempo. Después de todo, ¿quién era realmente la persona que le había maldecido?

—El mes próximo —se dijo—. Junio. Me marcharé de esta ciudad y no volveré nunca.

Tower emergió de un sueño inquieto. Estaba tumbado en la cama de la habitación secreta oculta detrás de su despacho. ¿Qué le había despertado? El zumbido de una abeja. Una abeja... No había ninguna abeja. La radio que había dejado sintonizada en una emisora de música clásica difundía un ruido que hacía pensar en un monótono coro de insectos. La apagó, irritado, y se quedó inmóvil en la cama

con los ojos clavados en el manchón de luz que caía sobre su mesa, tal y como había estado haciendo con intermitencias durante las últimas horas. Aún podía distinguir la luz. La luz y la oscuridad... Tener luz allí donde podía verla le parecía algo importante. Le tranquilizaba, garantizándole que todavía no se había quedado ciego del todo. Desde su última confrontación con tía Henry no había vuelto a casa. Podría haber ido a casa de Ted. Ted y Sally habrían estado encantados de recibirle, pero incluso en su situación actual la idea le resultaba imposible de aceptar. No quería renunciar a su independencia, aunque su independencia se redujera a pasarse las horas encerrado en aquel cuarto secreto comiendo platos congelados que no sabían a nada y bebiendo café insípido.

Otro sonido rompió el silencio y Tower necesitó algún tiempo para identificarlo como el zumbido del teléfono. La periodicidad y el lapso de tiempo que duraba fueron lo que acabó dándole la pista de qué era, no el sonido en sí. La comprensión de que había perdido la capacidad de distinguir los tonos durante su última media hora de sueño llegó acompañada por una sensación de embotamiento e inevitabilidad. El teléfono se quedó callado mientras él se mordía la lengua intentando no gritar, emitiendo unos ásperos *ungh ungh* que eran tan horriblemente desgarradores como desagradables al oído. Hizo un gran esfuerzo de voluntad y logró quedarse callado. El teléfono volvió a sonar después de un largo silencio y Tower se las arregló para responder a la llamada. Habló con la voz que llegaba del otro extremo de la línea y fue diciendo sí, doctor, no, doctor, sí, estupendo, sí. Resultados de las pruebas totalmente negativos. Ni respuestas ni teorías. Un especialista que deseaba verle. Sí, doctor. No, doctor. Cuando hubo terminado de hablar colgó el auricular, se puso en pie y fue al despacho.

Los papeles y documentos de los tres últimos proyectos para el jardín Gray yacían sobre su escritorio. El otoño pasado alguien llamó para decirle que había una docena de abetos inmensos —*Picea abies* Repens o Dumosa, una de esas dos especies—, en una propiedad que sería destruida aquel verano por los bulldozers para hacerle sitio a un complejo inmobiliario. A principios de esta semana sus trabajadores habían recogido las curvas ramas plateadas y las habían atado a unos palos de gran altura para que no estorbaran. Dos días antes la pala mecánica de horticultura más grande disponible había empezado a cavar alrededor de los troncos y había hecho una docena de viajes entre esa propiedad y el jardín Gray. El último árbol había sido plantado el día anterior. Al mediodía de ayer Tower fue a recibir el avión que traía algunas raras especies suculentas de las montañas de África. Alguien cuyo nombre no le resultaba conocido le había escrito para hablarle de ellas. Los rumores sobre el proyecto parecían haberse difundido un poco por todas partes. Una tercera parte del material que había utilizado en el jardín venía de personas a las que

Tower ni tan siquiera conocía.

Y en este mismo instante seis jardineros vietnamitas estaban muy ocupados instalando el último grupo de los quinientos —más de doce mil plantas—, que cubrirían la pendiente que había sido arada y rociada para eliminar las malas hierbas una y otra vez durante más de seis semanas. Era el último detalle, lo último que faltaba por hacer. Finis.

—Hecho. Acabado.

Pronunció las palabras en un murmullo casi inaudible.

—Me gustaría recibir mis honorarios cuando el trabajo esté terminado —le había dicho al señor Gray—. Si no le importa, claro... Mi médico dice que debería tomarme unas vacaciones y...

El señor Gray había inclinado la cabeza como en una invitación a que siguiera haciéndole más confidencias. Tower no se las había proporcionado. El señor Gray acabó asintiendo en un gesto tan seco como decidido.

—Tendré preparado su cheque... ¿Para el primer recorrido por el jardín? El quince de junio habrá luna llena. Esa noche me quitaré las gafas y me levantaré de esta silla, cosa que puedo hacer de vez en cuando siempre que vaya con cuidado de no excederme, y exploraré toda la belleza que usted ha creado para mí. ¿Le parece bien?

Tower inclinó la cabeza murmurando que sí, que le parecía estupendamente. Cualquier cosa le parecería bien con tal de que pudiese escapar. Escapar de tía Henry, escapar a la solicitud de Ted y Sally, escapar de lo que estaba devorándole, fuera lo que fuese aquello...

Hoy era quince de junio. Iría a la residencia Gray ahora mismo. No, iría más tarde. Después de que los jardineros vietnamitas hubiesen terminado su trabajo. Lo comprobaría todo por última vez. Pasó los dedos sobre las teclas del teléfono sin sentir nada. Llevaba dos días sin sentido del tacto. Presión, calor y frío... Pero nada más sutil o delicado que eso.

Era como una rueda para lijar que gira y gira llevándose consigo capa tras capa. Primero el color, después el paladar y el olfato, después el sexo, después el tacto y el sonido... O quizá había empezado perdiendo otra cosa, algo que ni tan siquiera había echado de menos hasta que no hubo transcurrido cierto tiempo. Las relaciones, la amistad. Jeanette había sido su amiga, y había tenido otras amistades. Gente a la que veía continuamente. Llevaba semanas enteras sin ver a nadie.

Hasta la hostilidad, gimoteó en silencio, avergonzado ante aquel ser abyecto y llorón en que se estaba convirtiendo, avergonzado pero incapaz de hacer nada para remediarlo. Sí, hasta la hostilidad se estaba difuminando. Ahora ya ni tan siquiera podía sentir odio hacia tía Henry.

El teléfono volvió a sonar, y esta vez reconoció el sonido como lo que

era.

—¿Tower? Escucha, ¿recuerdas cuando hablamos sobre el pueblo de donde era Nina, ese nombre que te hacía pensar en un taco o una palabra fea?

Una vocecita metálica y chillona que no logró reconocer.

—¿Quién es?

—Ted. Soy Ted.

Ted. ¿Por qué seguía hablándole de Nina?

—Tower, es importante. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —dijo él.

—Dijiste que parecía un taco. ¿Era Turdas?¹

Pensó en ello. Turdas... Qué nombre tan raro. Sí. Sí, ése era el sitio del que Nina le había hablado. Turdas. Qué extraño.

—Sí, Ted, creo que sí.

—Está en Rumanía, Tower. En tierra de gitanos... Recuerdas que te hablé de los gitanos, ¿verdad?

—En Rumanía —repitió Tower con voz apática.

—Al sur de los Cárpatos.

—Qué interesante, Ted.

Silencio y una voz distante. Sally. «Dile que venga a cenar.»

—Sally quiere que vengas a cenar.

—No puedo —farfulló Tower—. El jardín está terminado. Tengo que ir allí a recoger mi cheque.

—Oh. Bueno, pensé que quizá te interesara saber algo sobre ese sitio

—dijo Ted—. He estado repasando la enciclopedia para averiguar si había algún grupo étnico en el que las mujeres muriesen de parto, pero no he logrado encontrar nada al respecto. Pensé que debía decírtelo, nada más.

Su voz acabó confundiéndose con los chasquidos y crujidos de la línea telefónica.

Tower colgó sin despedirse. Así que Nina había nacido en Rumanía. No tenía una idea muy clara de dónde estaba ese país. Cerca de Hungría, ¿no? Y Nina era de allí.

Tower seguía leyendo la sección de nacimientos de los periódicos. Se había convertido en una costumbre. Naturalmente, creer que Nina habría seguido el camino normal y habría dado a luz en una clínica, con médicos, enfermeras y demás extraños entrometiéndose en su extraño sentido de la intimidad era una auténtica locura. No. Su bebé habría nacido como los cachorros de una tigresa. A solas. En una madriguera oculta. Con su gente rodeándola y aullando a la luna...

La perplejidad interrumpió el curso de sus pensamientos. ¿De dónde había sacado aquella idea? Aun así, parecía encajar con todo lo que sabía de ella. No habría nadie para poner un anuncio en el periódico. El señor y la señora Tower Wills han tenido un hijo, una hija, una

¹ «Turds», en inglés, significa «excrementos». (N. del T.)

hija, un hijo... Quizá tuviera toda una carnada. Quizá ya había dado a luz. Quizá había muerto.

Y, si había muerto, ¿moriría su maldición con ella?

—Las maldiciones no existen —le había dicho Sally poniéndole las manos en los hombros y sacudiéndole suavemente, como si temiera que emplear un grado de fuerza mayor pudiera hacerle pedazos—. Esas cosas no existen, Tower. Tú eres un nombre instruido y deberías saber que no existen.

—Sabía muchas cosas —replicó él—. Sabía que era mucho más bueno que Ted. Sabía que era más listo que él porque no me dejaba atar por los demás, porque pensaba tomarme todo el tiempo necesario para ir labrándome una posición... Sabía que iba a ser famoso. Sabía que iba a seguir los pasos de mi padre. Sabía, sabía...

—Shhh —le había suplicado Sally, abrazándolo.

—Sabía que me las arreglaría de alguna forma para manejar a tía Henry. Conseguiría que me entregase la herencia, tanto mi parte como la de Ted. No sabía que me odiaba, pero me odia. Nunca soltará el dinero. Es su forma de vengarse de Ted y de mí, y de nuestra madre por haberse casado con papá. Quizá no fue Nina quien me maldijo. Quizá fue tía Henry...

—Shhh —repitió Sally con los ojos llenos de lágrimas.

—Sabía que podía conquistar a cualquier mujer que me gustara —balbuceó Tower y las palabras brotaban de su lengua como metal fundido, gota, salpicón, gota, salpicón, fluyendo en un río incontenible—. Qué diablos, pensaba, siempre habrá otra...

Siempre habrá otra, se dijo. Pero después de Nina no hubo ninguna más. Ni una sola. Se pasó los dedos por la cara intentando sentir algo sin conseguirlo. Bueno. Esta noche... Esta noche acabaría todo. Después se marcharía. Iría a algún sitio donde pudiera descansar, algún sitio junto al mar. Que los médicos hablaran entre ellos y dijeran lo que les diese la gana. Ah, si pudiera tumbarse junto al agua y dejar que el sonido... Bueno, que el suspiro del agua se llevara todo aquel horror.

—¿Tower?

Una voz que llegaba del umbral.

—¿Jeanette?

—Oí comentar que no te encontrabas bien. Nadie supo decirme qué te pasaba exactamente, así que volví para averiguarlo. No estabas en casa. Tu tía me dijo que quizá estuvieras aquí. —Dio unos pasos hacia adelante y le miró—. ¡Dios, Tower! ¡Tienes un aspecto horrible! ¿Qué te ocurre?

—Nada por lo que debas preocuparte —se oyó decir.

La palabra «nada» quedó flotando en la atmósfera como un olor desagradable, creando ecos que se negaban a desvanecerse en el silencio. Nada.

—Pues claro que me preocupa —gritó Jeanette, o eso le pareció a

Tower porque tenía la boca tan abierta como si hubiera gritado, aunque realmente él no pudo distinguir ni el más mínimo cambio en el monótono susurro de su voz.

—Estoy enfermo —le explicó—, pero no es nada. Pronto se me pasará. En cuanto haya terminado el jardín. Esta noche. Iré a recoger mi cheque y saldré huyendo. —Sintió las vibraciones de su risita—. Sí, saldré huyendo.

Jeanette dobló la esquina del escritorio y le puso las manos sobre los hombros. Tower no pudo sentir las, pero las vio.

—Tower, no lo termines. Por favor. Tengo un presentimiento terrible... No lo termines.

—Pero si ya está terminado —dijo Tower mirándola fijamente—. Todo está hecho. Hoy le han dado los últimos toques. El jardín está terminado.

—Ojalá no lo hubieras hecho. Ojalá te hubieras limitado a plantar centenares de jardines para la señora Silver. Cualquier otra cosa menos eso...

—Todo está listo. —Asintió, subiendo y bajando la cabeza como un búho—. Gastos aproximados por valor de un millón de dólares, y un cuarto de millón de beneficio para mí. Vete. No te preocupes por mí. Sabré arreglármelas. Todo irá estupendamente.

—Tower, me alojo en un hotel cercano. ¿Quieres venir conmigo? ¿Vendrás conmigo al hotel ahora mismo? ¿Me dejarás que te lleve conmigo cuando me vaya? Siempre te he considerado una especie de hijo, Tower. Por favor...

Tower meneó la cabeza. ¿Qué estaba diciendo aquella loca?

—Vete, Jeanette. Te marchaste. La rata que abandona el barco... Vete. Sal de aquí. Vete a vivir con tu familia. No soy hijo tuyo. No soy hijo de nadie.

Jeanette estaba abrazándole con todas sus fuerzas, tal y como su madre debía de haberlo hecho en el pasado.

—Oh, Tower...

—Sí —dijo él asintiendo con la cabeza—. Ted tenía razón. Tú tenías razón. Todo el mundo tenía razón salvo yo. Lo siento.

Jeanette dijo algo más, pero Tower no la oyó y ella no tardó en marcharse. El cielo estaba empezando a llenarse de tinieblas. Tower cogió su maletín y bajó al aparcamiento.

Condujo despacio y con mucho cuidado fijándose en los otros conductores para saber si los semáforos estaban rojos o verdes, observándose las manos y los pies para tener idea de lo que estaba haciendo. Necesitaría bastante tiempo para llegar hasta allí. La ventanilla estaba abierta y podía sentir el frescor del aire nocturno. Calor y frío. Aún podía sentir el calor y el frío. Y el dolor. Aún era capaz de sentir el dolor. Se pellizcó para comprobarlo. Oh, sí. Era como vivir dentro de un televisor viejo con unas orejeras puestas, unas orejeras y un resfriado terrible. Pero aún funcionaba. Seguía en

movimiento. Si podía sobrevivir a esta noche todo acabaría arreglándose. Tendría el dinero suficiente para abandonar a tía Henry, el dinero suficiente para que Tower Wills llegara a ser famoso... Famoso.

El espectáculo televisivo del exterior seguía proyectándose sobre el cielo del anochecer, las masas ensombrecidas de los árboles y matorrales, las diagonales negras de los tejados de las casas y las patas de mantis religiosa de las antenas; y todo se delineaba contra un telón de mil grises distintos que, probablemente, eran matices rosa, ámbar y violeta. La hora punta ya había terminado. Las calles estaban casi vacías. Cuando se metió por el camino que llevaba a Cedar Hills fue como si se lo hubieran reservado. No había coches ni personas. Un perro ladraba detrás de una valla, emitiendo sonidos bruscos y entrecortados que no transmitían ni ira ni aviso alguno. Arp, arp, arp, una y otra vez, como el repiqueteo de un tamboril. Por lo demás, ni un solo ruido. Silencio y más silencio. Apenas si podía oír el sonido del coche moviéndose o el ruido del motor. Avanzó como sumido en un sueño, deslizándose inexorablemente hacia adelante con la mente puesta en el único objetivo de sobrevivir al próximo momento, los cinco minutos o la hora siguiente...

Las puertas de Grayholm estaban abiertas. Sombrero Maltrecho le esperaba ante ellas y acogió la llegada del coche con un gesto de la mano.

—¿El señor Wills? Hace una noche preciosa, ¿verdad? El señor Gray ha dicho que entre. Le está esperando en la casa.

Sombrero Maltrecho se alejó hacia el círculo de robles. La cámara de Tower reposaba sobre el asiento contiguo. Había pensado tomar algunas fotos antes de ir a la casa. Bien, bien... Ya tomaría fotos cuando regresara de sus vacaciones. Su contrato le permitía hacer fotos cuando le diera la gana dentro de los cinco años siguientes. Fotos y un texto. Sería un buen artículo. Serviría para atraer a los clientes.

El coche subió por el camino y recorrió el círculo que había ante la casa. El señor Gray estaba esperándole en su silla de ruedas. Tower salió del coche, Gray se puso en pie apenas verle y fue hacia él apoyándose pesadamente en su bastón.

—Justo a tiempo, señor Wills. La luna no tardará en salir. Tenemos que estar en el jardín cuando salga, pero antes debemos ocuparnos de algunas transacciones comerciales.

Le alargó una tira de papel. Tower la cogió y echó un vistazo a la cantidad y la firma. Todo estaba correcto. Oh, sí. No tendría que volver a vivir con tía Henry. Nunca más.

—Deje su coche aquí. El encargado se ocupará de él. ¿Vamos?

Tower dobló el cheque y lo guardó cuidadosamente en su cartera. Cuando alzó los ojos Sombrero Maltrecho estaba subiendo a su coche y el señor Gray ya se encontraba a cierta distancia de él, a punto de

doblar la esquina de la casa. Tower le siguió con la sensación de estar avanzando por debajo del agua. Aquí la maldición que le obligaba a verlo todo en blanco y negro carecía de significado. Todo era oscuridad y luz; negro, gris y plata.

Se detuvo al comienzo de la escalera, impresionado por la vista. Sombras negrísimas que contrastaban con la luz suave; rosales que parecían pequeñas nubes de flores ancladas a la tierra, con los pétalos incoloros e inodoros reluciendo en la penumbra... Pasó por entre ellos siguiendo a su anfitrión. La gravilla crujía bajo sus pies con un chirriar apenas audible, y Tower recorrió toda la longitud del sendero hasta llegar al oscuro arco que se alzaba bajo los tallos de enebro y el caminito que se abría paso por entre aquellos inmensos robles que formaban una masa sólida recortada contra la negrura del cielo.

Y un instante después estaban allí donde había empezado el trabajo de Tower, con los montículos grises de los abetos a cada lado y las cornisas de piedra cubiertas por cascadas deslizantes de plantas y matorrales.

—*Cryptanthus Lacerdae* —murmuró Tower volviéndose hacia el señor Gray—. *Stachys Byzantina*. *Artemisia*... —Su mente seguía funcionando. Aún era capaz de recordar—. *Artemisia*... —repitió, intentando acordarse del resto.

—*Stellerana* —le ayudó el señor Gray—. Me dijo que se llamaba así, ¿no?

Avanzaron por el caminito contemplando las ondulaciones de la luz de luna que caía sobre los estanques, y el eterno fluir hacia abajo del agua que relucía en su curvarse alrededor de las piedras cuidadosamente seleccionadas y los tallos de las plantas.

—*Typh*... —dijo Tower casi para sí mismo—. *Typh*...

—*Typha melanofolium* —dijo el señor Gray—. Muy efectiva. Es casi negra, ¿verdad? ¿Dónde la consiguió?

—Un invernadero muy poco conocido —dijo Tower, intentando recordar de dónde la había sacado. Alguien le había llamado para hablarle de ella—. Muy poco conocido...

El sendero trazaba una nueva curva para seguir bajando de nivel y dejaba atrás unos pequeños promontorios rocosos cubiertos de *Ek*..., *Ek*... Tower no podía recordar su nombre.

—*Echevaria* —dijo el señor Gray—. Parece que este ambiente le sienta muy bien.

Tower se detuvo durante un momento, jadeando. El descenso de nivel desde los robles hasta la valla central era de unos dos metros escasos, pero tenía la sensación de haber estado bajando durante mucho tiempo, luchando para mantener el cuerpo erguido contra el tirón de la gravedad. La luna estaba asomando por encima de los robles. El jardín vibraba y palpitaba a su espalda. Había personas caminando por él. Tower podía ver sus oscuras siluetas avanzando

por entre la luz plateada. Hombres. Mujeres. Una mujer muy alta cuya silueta casi le resultaba familiar.

—Familiares y amigos —murmuró el señor Gray—. Están disfrutando de la luna.

—Es precioso —dijo Tower.

—Muerto —murmuró una voz que recordaba muy bien—. Es una negación...

Se volvió hacia el sendero, decidido a seguir bajando. Alguien estaba esperándoles junto a la puerta de la valla que había al final de la escalera, alguien que llevaba una especie de fardo. El señor Gray se adelantó unos pasos y cogió el fardo mientras la silueta anónima se volvía hacia la valla. La puerta estaba abierta. Tower nunca la había visto abierta antes. Se quedó inmóvil y clavó los ojos en aquella abertura, incapaz de seguir avanzando.

El señor Gray ya volvía a estar junto a él. Le alargó el fardo que sostenía en sus brazos.

—Pensé que quizá le gustaría ver a su hijo —dijo.

Tower estaba demasiado perplejo para responder.

—¿Mi hijo? —logró gorgotear por fin.

—Sí, su hijo. Eso me ha asegurado Ilanina y nuestras mujeres nunca mienten sobre este tipo de cosas. Ilanina es hija mía, señor Wills. ¿No se lo había dicho?

—Se apellida Gyulas.

—Y yo también. Uso el apellido «Gray» por puros motivos de conveniencia.

—Ella... ¿Cómo está?

—Está bien. Sobrevivió. Nuestro pueblo la ayudó todo lo que pudo. No tanto como podría haberlo hecho un esposo que la amara, claro está, pero se esforzaron hasta el límite de sus recursos.

—Todo eso que me contó..., sobre el morir en el parto... —farfulló Tower.

—Era totalmente cierto. Las mujeres de nuestro pueblo se mantienen jóvenes durante muchas décadas y gozan de una juventud tan larga como hermosa. El amor pone punto final a esa etapa, y entonces se arriesgan a morir en el parto. Es un momento de alegría y también de dolor. En nosotros hay una cierta dosis de dimorfismo sexual. Nuestras mujeres son muy parecidas a las suyas, y mueren relativamente jóvenes. Los hombres no somos tan parecidos a ustedes, y nuestra madurez y ancianidad son muy solitarias, pero también muy largas. Haber sido la causa de una muerte nos obliga a tomar la decisión de no causar otra.

—Mi hermano dio con el pueblo del que vienen. Turdas, en Rumanía... No logró encontrar ningún dato sobre un grupo étnico de Rumanía que se parezca a ustedes.

—Bueno, para nosotros no es Rumanía, ¿comprende? Antes tenía otro nombre. Además, procuramos llevar una existencia discreta e impedir

que la gente hable mucho de nosotros. Bien, señor Wills, ¿no quiere echarle una mirada al bebé?

Tower alargó los brazos en un gesto involuntario y el peso del bebé cayó sobre sus manos como si fuera el peso de todo el planeta. Un bebé. No era más que un bebé dormido.

Tower apartó los ojos del bebé dormido y se volvió hacia el rostro enigmático que tenía delante, el rostro cuyos ojos estaban ocultos por las gafas oscuras.

—Ted me habló de los depredadores —dijo—. Me explicó que ésa era la razón de que sus mujeres mueran. Para que la población no crezca demasiado...

—Su hermano es muy astuto.

—Me habló de los gitanos. Algo así.

—Hay ciertas diferencias.

—Yo le dije que si eso fuera cierto ya habríamos oído hablar de un pueblo semejante.

—Oh, y ha oído hablar de él, señor Wills, aunque casi todo lo que ha oído era literatura o mentiras. Dicen que chupamos la sangre. Cualquier banquero puede chupar la sangre, ¿no le parece? —Dejó escapar una carcajada tan áspera y débil que parecía el roce de las hojas marchitas agitadas por el viento—. Cualquier usurero puede chupar la sangre.

Tower bajó la vista hacia el bebé dormido.

—¿Se refiere a los vampiros? Nunca he creído en ellos. Chupan la sangre. Convierten a otras personas en vampiros chupándoles la sangre. Es ridículo.

—Estoy totalmente de acuerdo. Es ridículo. ¿Qué podría impulsarnos a desear que nuestras víctimas vagaran por ahí viviendo eternamente? ¿Y por qué chupar sangre? Después de todo, la sangre no es tan rara, ¿verdad?

—No, no lo es —dijo Tower. Estaba tan cansado... El bebé pesaba tanto que apenas si podía sostenerlo—. ¿Dónde está Nina?

—Nos espera en el centro de su hermoso jardín. Ya le dije que iba a ser una sorpresa.

—No chupan la sangre —repitió Tower sin saber muy bien lo que decía, y le alargó el bebé.

—No —dijo el señor Gray, poniéndose al bebé encima del hombro—. No chupamos la sangre. Preferimos algo más raro y precioso que la sangre. La vida, señor Wills... Las sensaciones. La vida del color y el olor, del sabor y el sonido, la vida de los sentimientos y de la inteligencia. La absorbemos hasta apoderarnos de ella. Es lo que nos mantiene jóvenes. Es lo que permite que los hombres de nuestro pueblo vivan tanto tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Tower avanzando con paso tambaleante junto a él—. ¿Cómo lo hacen?

—Un hechizo, una maldición, una gota de sangre sobre un contrato...

Una línea de la vida cortada por una herida. Siempre se nos ocurre algún sistema u otro. Oh, nuestras exigencias son moderadas. Escogemos cuidadosamente a las víctimas. Siempre preferimos a los que tienen algo que ofrecer, o a los que no nos dan razón alguna para contenernos. En su caso, le debía un favor a alguien, y después traicionó e insultó a una mujer de nuestro pueblo. Ilanina jamás tendría que haberle conocido, pero deseaba experimentar los placeres y sorpresas de su sociedad con tanto anhelo que no hubo forma de convencerla. Después de haberle conocido tendría que haber sido más prudente, pero... Ah, bueno, lo hecho hecho está. Procuramos que el número de víctimas no sea lo suficientemente elevado para causarnos problemas. No queremos que los campesinos asalten nuestros castillos blandiendo sus tradicionales antorchas transilvanas... —Volvió a reír, y esta vez la carcajada era fuerte y auténtica, la risa de alguien que siente una sincera diversión—. Naturalmente, ya no vivimos en castillos.

Habían llegado a la puerta. Estaba abierta.

—Contemple su jardín, señor Wills —le apremió Gray—. Échele el último vistazo. Después de todo, llevará su nombre.

Tower se volvió hacia el camino por el que habían venido. La luna llena inundaba el paisaje con su pálida luz: el gris de las piedras, el gris de cada hoja, el destello del agua, las sombras en movimiento, el sonido del viento y el correr del agua, el sonido del silencio caminando, el sonido de..., de la nada. Jeanette había dicho que sería un jardín muerto. Lo era. Carecía de vida. No había flores ni semillas para el mañana.

Gray le había puesto la mano en el brazo. Cruzaron el umbral y bajaron hasta el sitio donde había estado la charca. Tower vio que había desaparecido. No quedaba más que una capa de barro agrietado y los fangosos cimientos de piedra iluminados por los rayos de la luna, y aquellos peldaños de piedra que llevaban hacia abajo, los mismos peldaños que había visto antes...

—Baje —dijo Gray—. Baje, muchacho.

Bajó por los peldaños hasta llegar a la humedad de la cripta iluminada por velas, velas grises sostenidas por inmensos candelabros de hierro que se retorcían en un sinfín de curvas. Nina estaba allí. Le quitó el bebé a su padre y sonrió con aquella misma sonrisa seria y dulce que tanto le había gustado cuando salían juntos.

—¿Has visto a tu hijo, Tower? Me alegro. Quería que vieras a tu hijo. El bebé despertó y ladeó la cabeza para contemplar a Tower con unos ojos rojizos y relucientes que no pertenecían a este mundo. El señor Gray se quitó las gafas y examinó a Tower con unos ojos similares a los del bebé.

—Está muy cansado, ¿verdad? —le preguntó—. Hemos estado ocupándonos de usted durante mucho tiempo. Los embarazos de nuestras mujeres duran casi un año. Me temo que le hemos dejado

sin fuerzas. ¿Por qué no se acuesta?

Había un sitio esperándole. Tenía que tumbarse allí, naturalmente. De lo contrario Nina querría volver a casarse y no podría hacerlo. No si su primer esposo o lo poco que quedaba de él seguía con vida... Las palabras talladas en la piedra le indicaron dónde acostarse. «Amado esposo de Ilanina Gyulas.» Ningún nombre. Su nombre no estaba allí. Supuso que estaría en el jardín. Sí, en el jardín... Lo habían olvidado, pero tenía derecho a que su nombre estuviera en algún lugar del jardín.

Abrió la boca para recordárselo, pero un instante después comprobó que no se habían olvidado y lo que vio acabó de arrebatarse el poco aliento que le quedaba. Fue lo último que contemplaron sus ojos antes de que colocaran la tapa sobre él e hicieran girar los tornillos, antes de que oyese el monótono gorgoteo del agua cuando dejaron que volviese a entrar en la cripta.

La plaquita de estaño en la parte interior de la tapa, la plaquita con sus cuatro tornillos relucientes que brillaron por última vez a la luz de las velas.

«Paisaje diseñado por Tower Wills...
y Asociados.»